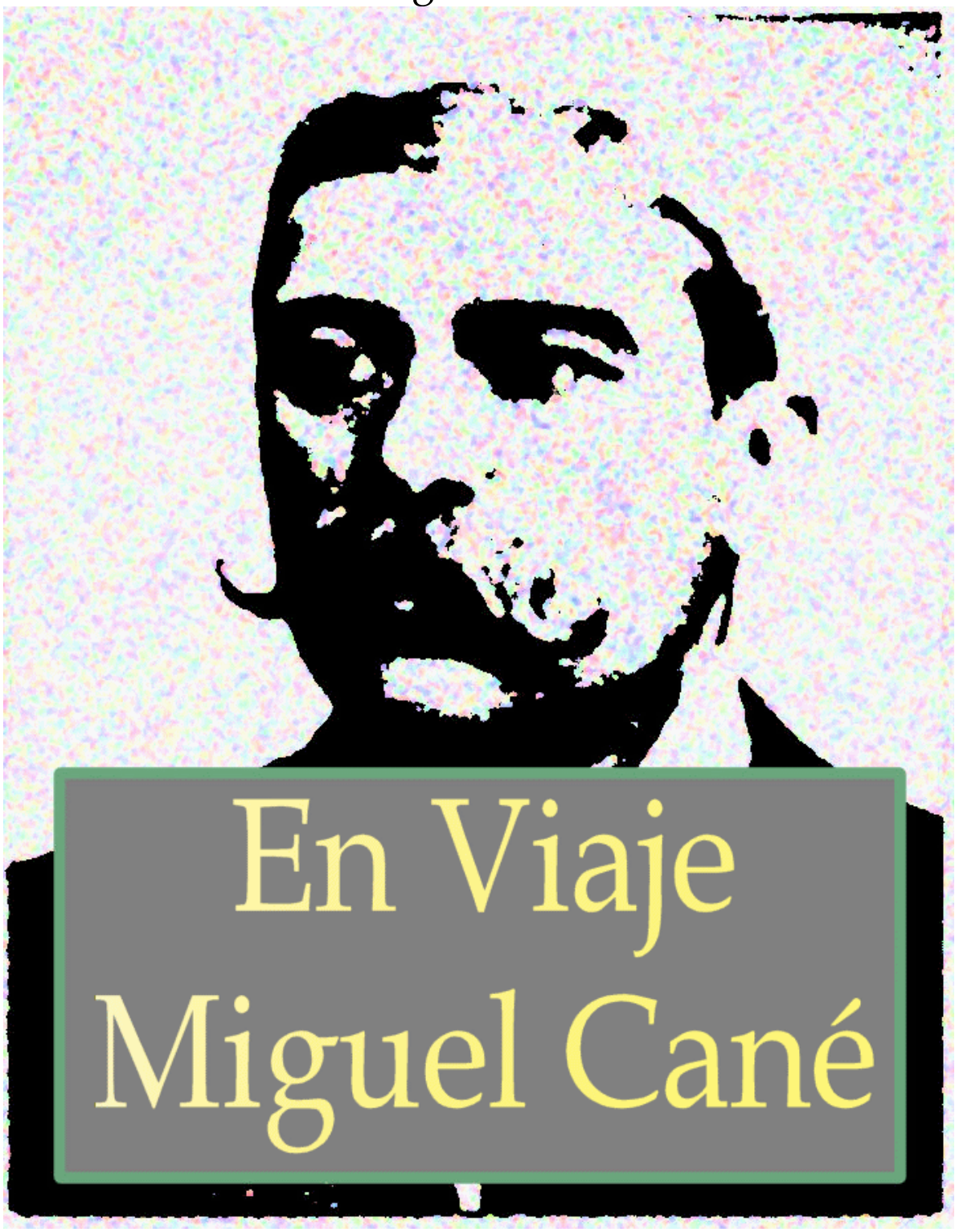
En Viaje
Miguel Cané



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

(selección)

EL RIO MAGDALENA

De Salgar a Barranquilla. - La vegetación. - El manza nillo. - Cabras y yanquis. - La fiebre. - Barranqui lla. - La *brisa*. La atmósfera, enervante. - El fatal retardo. - Preparativos. - El río Magdalena. - Su navegación. - Regaderos y chorros. - Los *champanes*. – Cómo se navegaba en el pasado. - El "Anti oquía"- "Júpiter dementat..."- Los vapores del Magdalena. - La voluntad.- Cómo se come, y cómo se bebe. - Los bogas del Magdalena - Samarios y cartageneros.- El embarque de la leña. - El "burro".- Las costas de siertas.- Mompox.- Magangé.- Colombia y el Plata.

Un ferrocarril de corta extensión (veintitantas millas) une a Sa lgar con Barranquilla. Es de trocha angosta, y su solo aspecto me trae a la memoria aque lla nuestra línea argentina que, partiendo de Cór doba, va buscando las entrañas de la América Meridional, que dentro de poco estará en Bolivia y en la que, viejos hemos de llegar hasta el P erú.

El breve trayecto de Salgar a Barranquilla. es pintoresco, no sólo por los espectáculos inesperados que presenta el mar que penetra a udazmente al in terior, formando lagunas cuya poca profundidad no las hace benéficas para el comercio, sino también por la naturaleza de la flora de aquellas regiones. A ambos lados de la vía se extienden bo sques de árboles vigorosos, cuyo desenvolvimiento mayor veremos más tarde en las maravillosas riberas del Magdalena. Pero, la especie que más abunda es el manzanillo, que la Naturaleza, pródiga en cariños supremos para todo lo que se agita bajo la vida animal, ha plantado al borde de los mares, colocando así el antídoto junto al veneno. El ma nzanillo es aquel mismo árbol de la India cuya influencia mortal es el tema de más de una leyenda poética de Oriente. Su más popular reflejo en el mundo europeo es el disparatado poema de Seribe, que Mayerbeer ha fijado para siempre en la memoria de los hombres, ado rnándolo con el lujo de su inspiración poderosa. Debo decir desde luego que, desde el momento en que pisé estas tierras queridas del sol, la *Africana* suena en mis oídos a todo momento, sea en las quejas del Selika al pie de los ár boles matadores, sea en sus cantos adormecedores, sea en el cuadro opulento de aquel Indostán sagrado donde el sol abrillanta la tierra.

Es un hecho positivo que el manzanillo tiene pro piedades fatales para el hombre. Sus frutas atraen por su perfume exquisito, sus flores embalsaman la at mósfera, y su sombra, fresca y aromática, invita al reposo, como las sirenas fascinaban a los vagabundos de la Odisea.

Los animales, especialmente las cabras, resisten rara vez a esa dulce y enervante atracción, se acogen al suave cariño de sus hojas tupidas y comen del fruto embalsamado. Allí se adormecen, y cuando al de spertar sienten venir la muerte en los primeros efectos del tósigo, re únen sus fuerzas, se arrastran hasta la orilla del mar y absorben con avidez las on das saladas que les devuelven la vida. Se conserva el r ecuerdo de unos jóvenes norteamericanos que, echándose el fusil al hombro, resolvieron hacer a pie el camino de Salgar a Barranquilla.

El sol quema en esos parajes y el manzanillo incita con su sombra voluptuosa, cargada de perfumes. Los jóvenes yanquis se acogieron a ella, unos por ignorancia de sus efectos funestos, otros porque, en su calidad de hombres posi tivos, creían puramente legendaria la reput ación del árbol. No sólo durmieron a su sombra, sino que aspira ron sus flores y comieron sus frutos prematuros. Llegaron a Barranquilla completamente envene-nados, y si bien lograron salvar la vida, no fue sin quedar sujetos por mucho tiempo a fiebres intermitentes tenacísimas.

He aquí el enemigo contra el que tenemos que lu char a cada in stante:

la fiebre. La riqueza vegetal de aquellas costas, bañadas por un sol de fuego que hace fomentar los infinitos detritus de los bosques, la abundancia de frutas tropicales, a las que el estómago del hombre de Occidente no está habituado, los cambios rápidos de la temperatura, la falta forzosa de precaución, la sed inextinguible que origina una transpira ción de la que aquel que vive en regiones templadas no tien e idea, la imprudencia natural al extranjero, son otros tantos elementos de probabilidad de caer bajo las terribles fiebres palúdicas de las or illas del Magdalena. Y lo más triste es que los preservativos to man todos, en aquel clima, caracteres de insoportables privaciones. Las frutas, el agua, las bebidas frías, todo lo que puede ser agradable al desgraciado que se derrite en una atmósfera semejante, es estrict amente prohibido por el amistoso consejo del nativo.

Llegamos a Barranquilla, pequeña ciudad de unas veinte mil a lmas, a la izquierda del Magdalena y so bre uno de sus brazos o caños, como allí llaman a las bifurcaciones inferiores del gran río. Barra nquilla ha adquirido importancia hace poco tiempo, desde que, con struido el ferrocarril que la liga con el mar, se ha hecho la vía obligada para penetrar en Colombia por el Atlántico, quitando, por cons iguiente, todo el comercio y el tránsito a la vieja y colonial Cartagena y a Santa María. No tiene nada de particular su edificación, pues la m ayor parte, casi la totalidad dé sus casas, tienen techo de paja y ofrecen la forma de lo que en nuestra tierra llamamos *ranchos*. Pero, indudablemente, ese pequeño progresa a la par de Colombia entera. Las c alles todas son de una arena finísima y espesa, que levan ta en torbellinos lo que allí llaman la *brisa* del mar, y que frecuentemente toma las proporciones de un verdadero vendaval. En cuanto a la te mperatura, es insoportable. Un francés, M. Andrieux, que ha escrito para *Le Tour du Monde* una prolija descripción de sus viajes en C olombia, asegura que desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde no se ve en las calles de Barranqui lla sino perros y alguno que otro francés que

persiste en sostener la reputación de la Salamandra, que se les ha dado en El Cairo. Es un poco exagerado, pero el hecho es que se necesita una apremiante necesidad o una imprudencia i nfantil para aventurarse bajo aquel sol canicular que, reverberando en la arena blanca y ardiente, quema los ojos, tuesta el cutis y derrama plomo en el cerebro. Se espera la brisa con ansia, a pesar de los i n- convenientes del polvo impalpable que se levanta en nubes. Todo el mundo anda en coche cuando se ve obligado a salir, y el pueblo tiene por vehículo un burrito microscópico, sobre el cual el jinete va sentado con los pies apoyados en el pescuezo y animándole con un pequeño palo cuya punta, li geramente afilada, se ins inúa con frecuencia en el anca escuálida del bravo y paciente cuadrúp edo.

El aspecto de la ciudad es análogo al de las colonias europeas en las costas africanas; pesa sobre el espíritu una influencia enervante agobiadora, y para la menor acción es necesario un esfuerzo poderoso.

Desde que he pisado, las costas de Colombia, he comprendido la an omalía de haber concentrado la civilización nacional en las ultraplan icies andinas, a tres cientas leguas del mar. La raza europea necesita tiempo para aclimatarse en las orillas del Magdalena y en las riberas que bañan el Caribe y el Pacífico.

Llegué a Barranquilla el 20 de diciembre a las tres y media de la tarde, en momentos en que partía para el alto Magdalena el vapor "Victoria", el mejor que surca las aguas del río. Fue entonces cuando comprendí todo el mal que me había hecho el retardo de cuatro días del "Saint-Simon", sin contar con la permanencia en la Guayra, que, en calidad de sufri miento pasado, empezaba a debilitarse en la mem oria, sobre todo ante la expectativa de lo que me reservaba el porvenir.

Si el "Saint -Simon" hubiera llegado a Salgar el día de su itinerario, habríamos tenido tiem po sobrado de hacer en Barranquilla todos los preparativos necesarios, y embarcándonos en el "Victoria", nos hubi éramos librado de las amarguras sufridas en el Magdalena.

Porque los preparativos son una cuestión seria, que exige un cu idado extremo. Desde luego es necesario proveerse de ropas ligeras, además de una buena cantidad de vino y algunos comestibles, porque en las desiertas orillas del río no hay recursos de ningún género, y, por fin, que es lo principal, de un petate y un mosquitero. Petate significa estera, y el doble objeto de este utensilio es, en primer lugar, colocarlo sobre la lona del catre, por sus condiciones de frescu ra, y en seguida, sujetar bajo él los cuatro lados del mosquitero, para evitar la irrupción de zancudos y jejenes.

Perdido el "Victoria", tenía que esperar hasta el próximo vapor correo, que sólo salía el 30; es decir, diez días inútiles en Barranqu illa.

Supe entonces que el 24 salía un vapor extraordinario, pero cuyas condiciones lo hacían temible para los viajeros. Es necesario explicar ligeramente lo que es la navegación del río Magdalena, para darse cuenta de las precauciones que es indispensable tomar para empre nderla.

Como no hago un libro de geografía ni pretendo escribir un viaje científico, siendo mi único y exclusivo objeto consignar simpl emente mis recuerdos e impresiones en estas páginas ligeras, me bast ará decir que el Magdalena, junto con el Cauca, forman uno de los cuatro grandes sistemas fluviales de la América del Sur, de terminados por las diversas bifurcaciones de la cordi llera de los Andes; los otros tres son: el Orinoco y sus afluentes, el Amazonas y los suyos, y por fin el Plata, donde se derraman el Uruguay y el Paraná. Todos los demás sistemas son secundarios. Los españoles, al descubrir los dos ríos que nacían, juntos y se apartaban luego para regar inmensas y feraces r egiones y volvían a unirse poco antes de llegar al mar, para entregarle sus aguas confundidas, les lla maron Marta y Magdalena, en recuerdo de las dos hermanas del Evangelio; sólo predominé el nombre del s egundo, mientras el primero conservó él bello y eufónico de Cauca, que los indios le habían dado. De ambos, el Magdalena es más navegable; pero aunque su caudal de agua es inmenso, sólo en las épocas de grandes lluvias no ofrece dificultad. La naturale za de su lecho arenoso y movible, que forma bancos con asombrosa rapidez sobre los troncos inmensos que arrastra en su curso, arrebatados por la corriente a las orillas socavadas; su anchura extraordinaria en algunos puntos, que hace extender las aguas en lo que se llama regaderos, sin profundidad ninguna, pues rara vez tienen más de cuatro pies; la variación con stante de la dirección de los canales, determinada por el movimiento de las arenas de que he hablado antes; los rápidos, violentos, llamados chorros, donde la corriente alcanza hasta catorce y quince millas; he ahí, y sólo consigno los principales, los inconve nientes con que se ha tenido que luchar para estable cer de una manera regular la navegación del Magdalena, única vía para penetrar al interior. Hasta hace treinta años, el río se remontaba por medio de *champanes;* esto es, grandes canoas sobre cuya cubierta pajiza los negros bogas, tendidos sobre los largos botadores que empujaban con el pecho, conducían la embarc ación por la orilla, en medio de gritos, de nuestos y obscenidades con que se animaban al tra bajo. El viaje, de esta manera., duraba en gen eral tres meses, al fin de los cuales el paciente llegaba a Honda, con treinta libras menos de peso, hecho peda zos por los mosquitos, hambriento y paralizado por la inmovilidad en una postura de ídolo azteca.

El general Zárraga, uno de los ancianos más honorables que he con ocido y padre del doctor Simón Zárraga, que ha hecho de la tierra a rgentina su segunda pa tria, me contaba en Caracas, que en 1826, siendo ayudante de Bolívar, fue enviado por el Libertador a la costa para conducir a Bogotá dos caballeros franceses que venían en misión diplomática cerca de él. Uno de ellos era el hijo del famoso duque de Montebello. Cuando supieron que era necesario entrar al *champan,* tenderse en el fondo, en la misma acti tud de un cadáver, y permanecer así durante dos o tres meses, uno de los diplomát icos inició una enérgica resistencia, que Montebello sólo pudo vencer recordando el deber y la necesidad. Después de haber hecho ese viaje, cada vez que un anciano me refiere haberlo llevado a cabo en su juventud, y no pocas veces en *champan*, lo miro con el respeto y la veneración con que los italianos jóvenes de 1831 debían saludar a Maroncelli, cruzando las calles sobre su pierna de palo, o al pálido Silvio Pellico, con el sello de sus diez años de Spiélberg grabado en la frente.

Ahora será fácil comprender la importancia que tiene la elección del vapor en que se debe tentar la aventura. Se necesita un buque de poco calado, para no vararse, y de mucha fuerza para vencer los chorros.

El "Victoria" tenía todas esas condiciones, pe ro... El que salía el 24 era nada menos que el "An tioquía", el barco más pesado, más grande y de mayor calado que hay en el río. Todo el mundo nos aconsejaba no tomarlo, hasta que se supo, y me lo garantizó el empresario, que el "Antioquía" sólo re montaría el Magdalena durante cuatro días, siendo transbordados sus pasajeros al "Roberto Calixto", vapor microscópico y muy veloz, que nos permitiría llegar a Honda en el té rmino de todo viaje normal, esto es, ocho o nueve días. Con estas seguridades, reforzadas por la orden que llevaba el "Victoria" de que así que llegase a Honda volviese en nuestra bus ca, y animad o por la ventaja de ganar los cinco días que me habría sido necesario esperar para tomar el vapor del 30, resolví bravamente el embarco en el "A ntioquía".

Júpiter quería perderme, sin duda, y me enloqueció en ese momento. Dos pasajeros tan sólo se animaro n a seguirnos: un joven de Bogotá y el profesor suizo que hacía su estreno en América, de tan peregrina manera.

Es necesario no olvidar que, cuando hablo de los vapores del Magdalena, me refiero a una clase de buques de los que no se tiene idea en nuestro país, donde los ríos navegables son profundos. En primer lugar, no tienen quilla, y su fondo presenta el mismo aspecto que el de las canoas; luego, tienen tres pisos, abiertos a todos los vientos y sostenidos en pilares. El primero forma la cubierta propi amente dicha y es donde están todos los aparejos del buque: la máquina, las cocinas, la tripulación y sobre todo la leña. Arriba, viene el sitio destinado a los pasajeros, los camarotes, que nadie ocupa sino las señoras, quienes, para evitarse dormir al aire libre, al lado de los masculinos, se asan vivas en las cabinas; el comedor, etc. En el techo de esta sección, la cámara del capitán, con vista a todas direcciones, y arriba, allá en la cús pide, como un *mangrullo* de nuestra frontera, como un nido en la copa de un álamo, la casucha del timo nel, donde el práctico, fijos los ojos en las aguas, para adivinar el fondo de sus arrugas, dirige el barco y tiene en sus manos la suerte de los que van dentro. Toda esta maquina se mueve por medio de un pro pulsor que sale de los sistemas conocidos de la hélice y de las ruedas laterales; las ruedas van atrás del buque, girando sobre un eje fijo a un metro de la popa; así, el barco concluye, en su parte posterior, en una pared lisa, perpendicular a las aguas, donde és tas se estrellan ruidosas, cuando las potentes paletas las agitan.

El "Antioquía", además de los inconvenientes que antes menci oné, tiene el de llevar sus ruedas a los costados; éstas, además de pr oducir un fragor que haría creer se va navegando en una catarata movible, impiden, por las oscilaciones que imprimen al buque en los pasajes difíciles, que éste se sobe en los regaderos, esto es, que se deslice sobre las arenas.

Además, la mitad de la enorme caldera llega a la cu bierta de pasajeros y el comedor está situado precisamente encima de las horn allas.

Agréguese que el vapor es de carga, que no hay baño bordo, que el servicio es detestable, y se tendrá una idea del simpático esquife que se deslizaba por el caño de Barranquilla en busca del ancho Magdal ena.

Debo decir, en honor de mi profético corazón, como diría Hamlet, que la primera impresión me hizo entrever el negro porvenir.

Pero la suerte estaba echada y la voluntad, serena y persistente, velada para impedir todo desfallecimiento. Apenas sali mos del caño y entramos en el brazo principal del río, ancho, correntoso, soberbio, nos amarramos a la orilla. para esperar las últimas órdenes de la agencia.

Fue allí, durante aquellas seis o siete horas cuan do comprendí la necesidad de echar llave a mí estó mago y olvidar mis gustos hasta nueva orden. La comida que se sirve en esos vapores es muy mala para un colombiano, pero para un extran jero, es realmente insoportable.

En primer lugar, se sirve todo a un tiempo, incluso la sopa, eso es, un plato de carne, generalmente salada, y cuando es fresca, dura como la piel de un hipopótamo, una fuente de lentejas o frejoles, y plátanos cocidos, asados, fritos, en rebanadas... véase el hotel Neptuno.

Cuando todo se ha enfriado, la campana llama a la mesa, y en ton- ces empieza la lucha más terrible por la existencia de las que ofrece el vasto cuadro de la creación animal. De un lado, la necesidad imperi osa, brutal, de comer; del otro, el estómago que se resiste, implora, se debate, auxiliado por e1 reflejo de la caldera que eleva la temperatura hasta el punto de asar una ave que se atreviese a cruzar esa atmósfe ra.

Los sirvientes parecen salidos de las aguas y no enjugados; las ruedas, que están contiguas, hacen un ruido infernal, que impide oír una pal abra, la sed devoradora sólo puede aplacarse con el agua tibia o el vino más caliente aún... ¡Imposible! Se abandona la empresa, y cuando la debilidad empieza a producir calambres en el estómago, se acude al brandy, que engaña por el momento, pero al que se vuelve a apelar así que ese momento ha pasado.

Allí también empecé a estudiar la curiosa organi zación de los bogas del Magdalena, que sirven de ma rineros en los vapores, contratados especialmente para cada viaje. La mayor parte son negros o mulatos, pero los hay también catires (blancos) cuya tez co briza, sombreada por la fuerza de aquel sol, es más oscura que la de nuestros gauchos. Así que se embarcan, son divididos en dos secciones, sam arios y cartageneros, esto es, de Santa Marta y de Cartagena, no respondiendo al punto originario de cada uno, sino por las mismas razones que en los buques de ultramar, en obsequio del servicio int erior, hacen separar a la tripulación en la banda de babor y en la de estribor. La resistencia de aquellos hombres para los trabajos agobi adores que se les imponen, especialmente bajo ese clima, su frugalidad increíble, la manera cómo duermen, desnudos, tirados sobre la cubierta, insensibles a los millares de mosquitos que los cubren; su al egría constante, su espontaneidad para el trabajo, me

causaba una a dmiración a cada instante creciente. La más dura de sus tareas es el embarque de la leña. Ningún vapor del Magdalena navegaba a carbón; los bosques inmensos de sus orillas dan abundante combustible desde hace treinta años, y la mina está lejos de agotarse. La leña se co loca en las orillas desiertas, el buque se acerca, amarra a la costa y toma el número de burros que necesita. El burro es la unidad de medida y co nsiste en una columna de astillas, a la altura de un hombre, que conti ene, poco más o menos, setenta trozos de madera de 75 centímetros de largo. Me llamó la atención que cada burro costase un peso fuerte, pero me expliqué ese precio exorbitante donde la leña no va le nada, por la escasez de brazos. Aquellas tierras espléndidas, que hacen br otar a raudales de su seno cuanto la fantasía humana ha soñado en los cuadros ideales de los trópicos, podrían ser llamadas, en antítesis a la frase de Alfieri, e1 suelo donde el hombre nace más débil y escaso. A todo lo largo del río no se encuentran sino pequeñas y miserables p oblaciones, donde las gentes viven en chozas abiertas, sin más recurso que un árbol de plátanos que los alimenta, una totuma, cuyas frutas, especie de calabazas, les suministra todos los utensilios necesarios para la y uno o dos cocoteros. Los niños, desnudos, tienen el vientre prominente, por la costumbre de comer tierra. El pescado es raro, el baño desconocido, por los feroces caimanes; la vida en una palabra, imposible de comprender para un europeo. Los pocos blancos que he observado en la costa, tienen un color lívido, terroso, y parecen espectros ambulantes. Las fiebres los han consumido. Los pueblos que hay sobre el río, aun los más importantes: Mompox, famoso en la vida colonial como en las luchas de la Indepen dencia; Magangé, cuyas célebres ferias extienden su fama a lo lejos, están estacionarios ete rnamente, mientras el río carcome la tierra sobre la que se apo yan.

¿Qué vale esa feracidad maravillosa, si el clima no permite el dese nvolvimiento de la raza humana que debe explotarla? Mientras mis ojos, miran con asombro el cuadro deslumbrante de aquel suelo y el - espíritu observa tristemente que esa grandeza no es más que una mortaja tropical. Así, Colombia se re fugia en las alturas, lejos, muy lejos del mar y de la Europa, tras los riscos escarpados que dificultan el acceso y trata de hacer allí su centro de civiliza ción. La poesía la ha bañado con su luz en el momen to de la última formación geológica del mundo, mien tras las tierras que baña el Plata parecen haber surgido bajo el golpe del caduceo de Mercurio. Allí, las llanuras, la templanza del clima, la proximidad del mar, el contacto casi inmediato con los centros de civilización; aquí, la muerte en las cosas, el aisla miento en las alturas. Bendigamos el azar que tan be néfico nos fue en el reparto americano, que nos dio las regiones cálidas donde el sol dora el café y empapa las fibras de la caña, los campos donde el trigo brota robusto y abundante, las faldas andinas que la vid trepa juguetona y vigorosa, los cerros que tienen venas de oro y carne de mármol, y por fin las pampas fecundas que se extienden hasta el último punto al Sur del mundo que el hombre habita. Ben digamos esa fortuna, pero que el orgullo de nuestro progreso no nos impida mirar con respeto profundo los esfuerzos generosos que hacen nuestros hermanos del Norte por alcanzarlo, venciendo a la Naturaleza, espléndida y terrible como una virgen salvaje.

CUADROS DE VIAJE

¡Una hipótesis filológica! - La vida del boga y sus peligros. Principio del viaje. - Consejos e instrucciones. - Los vapores. - Las chozas. - Aspecto de la Naturaleza. - Las tardes del Magdalena. - Calina soberana. - Los mosquitos. - La confección del lecho. - Baño ruso.- El sondaje. - Días horribles. - Los compañeros de a bordo. - ¡Un vapor! - Decepción. - Agonía lenta. - ¡Por fin! - El Montoya. – Los caimanes. - Sus costumbres. - La plaga del Magdalena. - Combates. - Madres sensibles. - Guerra al caimán.

Me inclino a creer que el nombre de *burro* dado a la unidad de medida de la leña, respondía al prin cipio, a la cantidad de la misma que uno de esos simpáticos animales podía cargar. En. cuanto a la de hoy, no hay burro que pudiera moverse bajo uno de sus homónimos.

Un vapor cualquiera en el Magdalena gasta de cuarenta a ci ncuenta burros de leña diarios; el "An tioquía" consume el doble, pero en cambio anda la mitad menos que los demás. Es, pues, muy dura la vida de los marineros a bordo del insaciable vapor, que cada dos horas se arrima a la orilla, se amarra fuertemente para poder resistir a la corriente que lo arrastra y empieza a absorber leña con una voracidad increíble. Cuando la operación se, practica en las deliciosas horas de la mañana, los pobres bogas saltan de contento; pero repetida durante el día con frecuencia, en aquella atmósfera incandescente, bajo un sol del que en nuestras regiones es difícil formar idea, constituye un ma rtirio real. Una larga plancha une al buque con la orilla, a guisa de puente. Los marineros, desnudos de medio cuerpo, con una bolsa sujeta en la cabeza cayéndoles sobre la espalda como un inmenso cap uchón, bajan a tierra, reciben en el espacio comprendido entre el cuello, el hombro y el brazo izquierdo una cantidad increíble de ast illas, las sujetan con una cuerda amarrada en la muñeca de la mano libre, y cediendo bajo el peso, trepan laboriosamente al vapor y arrojan su carga junto a las hornallas. Los que alimentan éstas se lla man candeleros, por una curiosa analogía. A veces el río ha crecido y los dep ósitos de leña se encuentran bajo las aguas, teniendo los bogas que trabajar con la mitad del cuerpo sumergido. Rara es la ocasión, cua ndo trabajan en seco, que no se interrumpan para matar las víboras sumamente vene nosas que se ocultan entre la leña. Pero, cuando ésta se encuentra bajo el agua, no tienen defensa, estando además expue stos a las picaduras de las rayas...

Por fin, despachados, nos pusimos en movimien to. Empezaba el duro viaje bajo una sensación com pleja que mantenía mí espíritu en esa inquietud ner viosa que precede a un examen en la adolescencia, a un duelo en la juventud, a un momento largamen te esperado, en todas las edades. En primer lugar, una curiosidad vivaz y ardiente: luego, la idea de que cada hora de marcha me alejaba tres de la patria, y aparte de los estremecimientos del cuerpo por los martirios físicos que entr eveía, graves preocupaciones que respondían a mi posición oficial, que no tiene nada que ver con estas páginas íntimas.

Así que supieron nuestra posición y destino, al gunos pasajeros que iban a puntos próximos, me de jaron ver una franca y sincera conmiseración. Uno de ellos, caballero colombiano, perfectamente culto y cortés, como todos los que he encontrado en mi camino, me preguntó, inquieto, si yo tenía noticia de lo que era la navegación del Magdalena, y cómo, en caso afirmativo, había cometido la chambon ada de embarcarme en el "Antioquía". "Porque ha de saber usted - pr osiguió -, que cada uno de los vapores que recorren el río desde Barranquilla a Hon da, tiene su reputación particular, sus condiciones propias, perfectamente conocidas de todo el mundo. Así, yo no me embarcaría en el, "Antioquía" ni en el "Mosquera" por nada del mu ndo, si tuviera que hacer un viaje largo. Para eso tenemos el "Victoria", el "Montoya", el "Inés Clarke", el "Stephenson", "Clarke", cuyo si lbato le ha merecido el popular apodo de "Qui-qui-ri-quí", el "Roberto Calixto", etcétera. Esos pasan siempre, aun sobre los regaderos más terribles, a causa de su poco calado; y en los chorros, con un simple cable están del otro lado. En cuanto al transbordo que les han prom etido, le confieso que no tengo esperanzas, porque aquí los directores proponen y el río dispone. Ya está usted embarcado y no hay remedio; prepárese a pasar días, muy duros, no tome agua pura, no coma frutas, no abuse del brandy y trate de tener el espíritu sereno".

Las últimas recomendaciones, especialmente aque lla que debía apartarme del brandy, mi único alimento, y la que me imponía la s erenidad intelectual, eran tan difíciles de cumplir como fáciles de h acer.

Me preparé lo mejor que pude a afrontar el porvenir y puse en juego todos los resortes de mi energía.

No me fatigaré recordando, uno a uno, los puntos donde el vapor se detuvo durante los tres primeros días, fuese para tomar la eterna leña, fuese para pasar allí la noche. He dicho ya, y lo repito, que las orillas del Magdalena presentan un aspecto esencial mente primitivo; los pequeños caseríos que se encuentran, no dan la más ligera idea de la vida civi lizada. En chozas abiertas a todos los vi entos viven hacin ados, padres, hijos, mujeres, hombres y anima les muchas veces. Los niños, corriendo por las márge nes, completamente desnudos, tienen un aspecto salvaje. No hay allí recursos de ninguna clase; muchas veces he bajado, y viendo huevos frescos, he querido adquirirlos a cualquier precio. Con una calma deses perante, con apatía increíble, contestan: "No son para vender", y es necesario renunciar a toda i nsistencia, porque el dinero no tiene atractivo para esa gente sin nec esidades.

La Naturaleza cambia lentamente a medida que avanzamos: al principio, el río, ancha y majestuoso, corre entre orillas de un verde intenso, pero la vegetación, si bien tupida y exuberante, no alcanza - las proporciones con que empieza a presentarse a nuestros ojos. A la izquierda, vemos el cuadro inimitable de la Sierra Nevada. Sus picos, de un blanco intenso e inmaculado, se envuelven al caer la tarde en una nube rosada de indecible pureza. A Occidente, el es pacio, libre de montañas, nos deja ver las puestas de sol más maravillosas que he contemplado en mi vida.

Imposible describir ese grupo de nubes incandescen tes y atormentadas, con sus franjas luminosas como una hoguera, su fondo de un dorado pálido, inmóvi les sobre el horizonte, disolviendo su forma y su color con una lentitud que hace soñar. Todos los tonos del iris se reproducen allí, desde el violeta profundo, que arroja su nota con v igor sobre el amarillo transparente, hasta el blanco que hiere la pupila interrumpiendo la serenidad del azul intenso de l os cielos. Nunca, lo repito, me fue dado contemplar cuadro tan soberanamente bello, ni aun en medio del Océa no, cuando se sigue al sol en su descenso, formando uno de los vértices de aquel triángulo, glorioso de Chateaubriand, ni aun entre las gargantas de los Andes, sobre las que cae la noche con asombrosa rapidez y qué quedan envueltas en la sombra, mien tras las cumbres vecinas brillan bajo los rayos del sol, lejano aun de dar su adiós a nuestro hemisferio.

¡Qué calma admirable la que sucede a ese instan te solemne! La Naturaleza parece recogerse para entrar en la región serena del sueño.

El río sigue corriendo silenciosamente; en los bosques impenetra bles de la orilla, donde el buque acaba de detenerse, no se oyen sino los apagados silbidos melódicos del turpial que llama a su compañero; hasta las enor mes y vistosas guacamayas, con su plumaje irisado, ll egan en silencio y buscan entre las ramas el nido que pende de la copa de un inmenso caracolí, mecido por las lianas que lo sujetan. De tie mpo en tiempo, el rumor de un eco en el interior de la selva, y lue go de nuevo la paz callada extendiendo su imperio sobre todo lo creado...

La suave y deliciosa quietud dura poco; un ejército invisible avanza en silencio, y un instante des pués se sienten picadura s intensas en las manos, la cara, en el cuerpo mismo al través de las ropas. Son los terribles mosquitos del Magdalena que hacen su temida aparición.

No corre un hálito de aire, y es necesario buscar un refugio, a riesgo de sofocarse, contra aquellos animales, que en media hora más os postrarían bajo la fiebre. He ahí uno de los momen tos de mayor sufrimiento.

Se tiende el catre en cu bierta, y sobre él, un espeso mosquitero, cuyos bordes se sujetan bajo la estera que sirve de colchón. En seguida, con precauciones infinitas, se desliza uno dentro de aquel horno, teniendo cuidado de ser el único habitante de la región co mprendida entre el petate y el lig ero lienzo protector. Luego, se enciende una panetela de puro Ambalema, cigarro de una forma. análoga a los de pajita y hecho del exquisito tabaco que se encuentra en el punto indicado y que, en la categoría jerárquica, viene inmediatamente de spués del de la Habana. Allí empieza un indescriptible baño ruso; el calor sofocante, pesado, mortal, aleja el sueño e impide a la imagin ación esos viajes maravillosos que suelen compensar el insomnio y a los que excita allí la bella y serena majestad de la noche.

A la mañana siguiente, apenas apunta el alba, de nuevo en cam ino.

A la hora de marchar se oye la campana del práctico, la máquina se detiene y los contramaestres a proa comienzan a sondar. El "Antioquía" necesita para pasar, cinco pies y medio, por lo menos. Nos precipitamos todos ansiosos a proa y tendemos ávidamente el oído a los gritos de los sondeadores: "¡No hay fondo!" ¡Nueve pies! ¡Ocho escasos! ¡Seis largos! Las fisonomías empiezan a oscure cerse, ¡Seis fallos! ¡Malo, malo! ¡Cinco pies y medio! El buque empieza a sobarse, esto es, a deslizarse len tamente sobre la arena y de pronto se detiene.

¡Para atrás! Desandamos lo andado, hacemos una, dos, tres nuevas tentativas: ¡inútil! El río se ha cegado de una manera extraordinaria, y el canal debe haber variado de dirección con el movimiento de las arenas. De nuevo a la costa y a amarrar. El práctico toma una canoa, y se lanza a buscar pacientemente el pa so por medio de sondajes.

¡Qué días horribles aquellos, en que, arrimados a la orilla, con el sol tropical cayendo a plomo, sin el mas leve movimiento del aire y bajo una temperatura que a la sombra alcanza ba a 38 y 39 grados centígrados, vagábamos desesperados, sin un sitio donde ampararnos, tostados por la irradiación de la calde ra transpirando a raudales, con el rostro abrasado, los ojos saltados, la sangre agitada... y sin más, recurso que un caso de agua tibia con panela[1] o brandy! Nunca se me borrará el recuerdo de aquellas horas que no creía pudiera soportar el cuerpo humano.

Los días se sucedían en esa agradable existencia, sin que el p equeño vapor que debía transbordaron, y arrancarnos de aquel infierno, dejase ver sus hamos en el horizonte. Habíamos avanzado algo, gr acias a la habilidad del práctico que logró encontrar un pequeño pase, pero fue para detenernos un poco más arriba de Barrancas Bermejo, donde definitiva mente nos amarramos con cadena s a los troncos enormes de la orilla, se apagaron los fuegos y quedamos a la gracia de Dios. Así estuvimos tres días. Los pocos pasajeros a quienes tan ruda jornada había toca do, éramos, como creo haberlo dicho ya, el profesor suizo, un joven de Bogotá, García Mérou y yo. Además, venía una rarísima mujer, colombiana, de bue na familia, pero que en Francia habría pasado por tener una colección de arañas *au plafond.* No salía para nada de su camarote, y a veces entreveíamos su cara, horrible y roja por el calor, asomarse a la puerta respirar un momento y volver al antro. Volví a encontrarla más tarde a poca distancia de Honda; había emprendido a pie el camino de Bogotá, y me costó un triunfo hacerle aceptar lo necesario para procurarse una mula.

- ¡Un vapor, un vapor!- gritó azorado un muchacho, señalando, detrás de un recodo del río, una débil columna de humo que se dibuj aba en el azul transparente del cielo. Fue una revolución a bordo; en vano procuré detener al suizo, explicándole que, aun cuando el buque anunciado fuera el que con tanta ansia esperábamos, tendríamos un día y medio o dos que pasar en aquel punto, mientras se hacía el transbordo de las mercaderías. ¡En vano! El suizo se había precipitado a su camarote y hacía sus

[1] *Panela*, el azúcar sin clarificar, una masa negra, algo como nuestro *masacote*, y uno de los principales alimentos en la costa.

maletas con una velocidad increíble... El vapor apareció; pero como todos tienen un corté igual, es necesario esperar a oír el silbato para distinguirlos.

¿Sería el "Victoria"? ¿Sería el "Calixto"? En ambos casos est ábamos salvados. Algo como la tos prolongada de un gigante resf riado, algo como debe ser el quejido de una foca, a la que arrebatan sus chicuelos, llegó a nuestros oídos, y todos los muchachos del servicio de a bordo gritaron en coro: ¡El "Montoya"! Es necesario saber que siendo el "Montoya" de la misma compañía y teniendo nosotros la bandera a media asta en popa, lo que era pedirle se detuviera, éranos lícito reg ocijarnos en la esperanza del transbordo.

En un instante el "Montoya", deslizándose sobre las aguas a f avor de la corriente, con una velocidad de 15 a 16 millas por hora, ll egó a nuestro lado y manteniéndose sobre la máquina, entabló correspondencia. Transbordo imposible. Cargado hasta el tope de bultos de quina. "Victoria" viene atrás. Y de nue vo en marcha, perdiéndose en el primer recodo del río, haciéndome oír, como una ca rcajada su antipático silbido. Nos miramos a las caras: nunca he visto la desesperación más pr ofundamente marcada en rostros humanos.

¿A qué insistir en la agonía de aquellos días como no he pasado, como no volveré a pasar jamás semejantes en la vida? Hacía dos s emanas que estábamos en el "Antioquía", con la mirada invariable al Norte, esperando siempre, cuando la misma tos de gigante resfriado, el mismo quejido de foca desolada, se hizo oír al Sur. Era el "Mont oya", que había tenido tiempo de llegar hasta cerca de Barran quilla, dejar su carga en un puerto y tomar los pasa jeros del "Confianza" que, temeroso de la suerte del "Antioquía", no se atrevía a remontar el río.

Esta vez respiramos libremente, y una hora después estába mos en la cubierta del "Montoya", en cuyo centro una gran mesa, cargada de rifles, escopetas, Remingtons, anteojos y rodeada de cómodas sillas, nos produjo la sensación de encontrarnos en el seno del más refinado sibaritismo.

Los grandes sufrimientos del viaje habían pasado. El "Montoya" era un vapor chico, pero, limpio, más fresco que el "Antioquía", y aunque él inmenso número de pasajeros que venían en él, nos impidió tener camarotes, esto es, un sitio lavarnos y mudarnos, era tal la s atisfacción de poder continuar el viaje, que no nos hizo mayor exto rsión la *toilette* obligada al aire libre y un poco en común.

Había una colección completa de pasajeros, gente agradable en su mayor parte. Senadores y diputados, que iban a Bogotá a la apertura del Congreso, jóvenes ingenieros americanos a los trabajos de los f errocarriles de la Antioquía, uno de los cuales, hom bre robusto, sin embargo venía doblado por la fie bre palúdica contraída en el viaje; negociantes fran ceses e ingleses; *touristes* de vuelta y, por fin, la f amilia entera del ministro inglés, compuesta de su señora, tres niños, dos jóvenes *maids* inglesas, *chef*, *maître d´hôtel* ¡qué sé yo! La armonía, las buenas amistades, se entablaron pronto, y sólo entonces empecé realmente a gozar de las bellezas indescriptibles de aquella Nat uraleza estupenda.

Pasábamos el día guerreando a muerte con los caimanes. No he hablado aun de esos huéspedes característicos del Magdalena, porque, durante mi in olvidable permanencia en el "Antioquía", creo no haberles dispensado una mirada.

Es el alligator, el cocodrilo del Nilo y de algunos ríos de la India, el yacaré de los nuestros, pero de dimensiones colosales. Parecíame una exageración la longitud de cinco a seis metros que asigna a algunos un viajero francés, M. André; pero, después de haber observado millares de caimanes, puedo ase gurar que, en realidad, hay no pocos que alcanzan ese enorme tamaño. He visto a algunos cruzar lentamente las aguas del río; vienen precedidos de una nube constante de peces saltando, fuera del agua, como en el mar, a la aproximación de un tiburón o de una tintorera. Pero, en general, sólo se les ve en las playas arenosas que deja el río en descubier to cuando desciende.

Están tendidos en gran número: he contado hasta sesenta en un pedazo de playa que no tendría más de unos cien metros cuadrados Inmóviles como si se hubieran desprendido de la cornisa de un tem plo egipcio, mantienen la boca abierta cuan grande es, hacia arriba. En esa posición, la boca forma un ángulo cuyos lados no tienen m enos de medio metro. Los he visto permanecer así durante horas ent eras; el olor nauseabundo de su aliento atrae los mosquitos que se aglomeran por millones sobre la lengua; cuando una *fournée* está completa, el caimán cierra las fauces con rapidez, absorbe los inoce ntes visitantes, y de nuevo presenta al espacio el temible e in mundo ángulo...

El caimán es la plaga del Magdalena; cuando algún desgraciado boga, bañándose o cayendo de su canoa, ha permitido a uno de esos monstruos probar el perfume de la carne humana, la comarca entera tiembla ante el cebado; anfibio como es, salta a la playa, se desliza por las arenas con las que confunde su piel escamosa y pasa horas enteras acechando a un niño o a una mujer. ¡Cuántas historias terribles me contaban en el Magdalena de las lu chas feroces contra el caimán, del valor salvaje de los bogas que, semejantes a nuestros indios correntinos, se arrojan al río con un puñal y cuerpo a cuerpo vencen! A su vez, el caimán suele ser sorprendido en sus siestas de la playa por los tigres y pumas de los bosques vecinos. Entonces se traba una lucha admirable, como aquellas que los romanos, los hombres que han g ozado más sobre la tierra, contem plaban en sus circos. El caimán es generalmente vencedor, pues su piel paquidérmica lo hace invulnerable a la garra y al diente del agresor. Pero lo que un tigre no pu ede, lo consigue una vaca o un novillo; cuando éstos atraviesan a nado el río pasan do, en el bajo Magdalena, del Estado de Bolívar al que lleva el nombre del río, y que ocupa la margen derecha, o viceversa, si el caimán los ataca, levantan un poco la parte anterior del cuerpo y hacen llover sobre el agresor una lluvia de "puñetazos" con sus có rneas pezuñas, que lo detiene, lo atonta y acaba por ponerlo en fuga ...

Se ha hecho el cálculo que si todos los huevos de bacalao que anualmente ponen las hembras de esos antipáticos animales, se cons iguieran, la sec ción entera del

Atlántico comprendida entre la Amé rica del Norte y la Europa, se convertiría en una masa sólida. Otro tanto podría suceder en el Magdalena con los caimanes.

El caimán es ovíparo; la hembra pone una in mensa cantidad de huevos, grandes y duros como piedra, que entierra entre la arena. Ll egada la época conveniente, la sensible madre se coloca con la enorme boca abierta al lado del sitio que empieza a escarbar; los pequeñuelos que ya han abandonado la cáscara, saltan a medida que se despeja la arena que los cubría. Unos dan el brinco directamente al río; otros, pergeños ignorantes de las costumbres de su raza, saltan de lado a la enorme boca que los recibe y engulle en un segundo. Se calcula que la caimana se come la mitad de sus hijos. Luego, la piedad maternal la invade, y semejante a la Niobe antigua, deja correr dos lágrimas por sus hijos tan prematu ramente muertos. ¡Una vez en el agua, reúne la prole salvada y no hay madre más cariñosa[2]!

¡Qué odio por el caimán! ¡Con qué alegría los bogas marineros, descubriendo con su mirada avezada una turba de cocodrilos sobre un arenal lejano, nos daban el grito de alerta! Cada uno toma su fusil, elige su blanco y a un tiempo se hace fuego. Las ar mas que se emplean son carabinas Remington, Spen cer, Winchester, etcétera. Nada resiste a la bala; el caimán, herido, abre la boca más grande aún, si es posible, que cuando se ocupa en cazar mosquitos, levanta la cabeza, la sacude frenético y se arrastra, muchas veces moribundo y cubierto de heridas - pues la lentitud de sus movimientos permite hacerle fuego repetidas veces - para ir a morir en el seno de las aguas o en su cueva misteriosa.

CUADRO DE VIAJE

(Continuación)

Angostura. - La naturaleza salvaje y espléndida. - Los bosques vírgenes, - Aves y micos. - Nare. - Aspectos. - Los chorros. - El "Guarinó".

- Cómo se pasa un chorro. - El capitán Maal. - Su teoría. - El "Mesuno". La cosa apura. - Cabo a tierra. - Pasamos. - Bodegas de Bogotá. - La cuestión mulas. - Recepción afectuosa. - Dificultades con que lucha Colombia. - La aventura de M. André.

¡Qué espectáculo admirable! Entramos en la sección del río, ll amada Angostura. El enorme caudal de agua, esparcido antes en exte nsos regaderos, corre silencioso y rápido entre las dos orillas que se - han aproximado como esperando a que las flotantes cabelleras de los árboles que las adornan confundan sus perfumes. Jamás aquel "espejo de plata, corriendo entre marcos de esmeralda" del poeta, tuvo más espléndido reflejo gráfico. Se olvidan las fatigas del viaje, se olvidan los caimánes y se cae absorto en la contemplación de aquella escena maravillosa que el alma absorbe mientras el cuerpo goza con delicia de la temperatura que por momentos se va haciendo menos intensa.

[2] Esta es la leyenda local; hay que confesar que los naturalistas no están muy de acuerdo con ella.

Sobre las orillas, casi a flor de agua, se levanta una veget ación gigantesca. Para formase una idea de aquel tejido vigoroso de troncos, parásitos, lianas, enredaderas, todo ese mundo anónimo que brota del suelo de los trópicos con la misma profusión que los pens amientos e ideas confusas en un cerebro ba jo la acción del opio, es necesario traer a la memoria, no ya los bosques seculares del Paraguay o del Norte de la Argentina, no ya la India misma con sus eternas galas, sino aquellas riberas estupendas del Amazonas, que los compañeros de Orellana miraban estu pefactos como el reflejo de otro mundo desconocido a los sentidos humanos.

¿Qué hay adentro? ¿Qué vida miste riosa y activa se desenvuelve tras esa cortina de cedros seculares, de caracolíes, de palmeras enhiestas y perezosas, inclinándose para dar lugar a que las guadúas gigantescas levanten sus flexibles tallos, entretejidos por delgados bejuquillos cubiertos de flores? ¡Qué velo nupcial para los amores s ecretos de la selva! ¡Sobre el oscuro tejido se yergue de pronto la gallarda me lena del cocotero, con sus frutos apíñados en la cumbre, buscando al padre sol para dorarse; el mango presenta su follaje r edondo y amplío, dando sombra al mamey, que crece a su lado; por todas partes cactos multiformes, la atrevida liana que se aferra al col oso jugueteando las mil fibrillas audaces que unen en un lazo de amor a los hijos todos del bosque, el ámbar amarillo, la pequeña palma que da la tagua, ese maravilloso marfil vegetal, tan blanco, unido y grave, como la enorme defensa del rey de las selvas indias!

¡He ahí por fin los bosques vírgenes de la Amé rica, cuyo perfume viene desde la época de la conquista embalsamando las estrofas de los poetas y exaltando la soñadora fantasía de los hijos del Nor te! ¡Helos ahí en todo su esplendor! En su seno, los zainos, los tapiros, los p apuares, hacen oír de tiempo en tiempo sus gritos de guerra o sus qu ejidos de amor. Junto a la orilla, bandadas de micos saltan de árbol en árbol, y suspendidos de la cola, en posturas imposibles, miran con sus pequeños ojos candescentes, el vapor que vence la corriente con fatiga.

Los aires están poblados de mosaicos animados. Son los pericos, los papagayos, los guacamayos, la torcaz, el turpial, las aves enormes y pintadas, cuyo nombre cambia de legua en legua, bulliciosas todas, alegres, tranquilas, en la seguridad de su invulnerable independencia.

La impresión ante el cuadro no tiene aquella in tensidad soberana de la que nace bajo el espectáculo de la montaña; el clima, las aguas, la verdura constante, el muelle columpiar de los arboles, dan un de sfallecimiento voluptuoso, lánguido y secreto; como el que se siente en las fantasías de las noches de verano, cuando todos los sensualismos de la tierra vienen a acariciarnos los párpados entreabiertos...

Henos en la pequeña población de Nare, punto final de los co mpañeros de viaje que se dirigen ha cia Medellín, la capital del Estado de Antioquía. Allí nos despedimos al caer la tarde, después de habe rlos depositado en un sitio llamado Bodegas, para llegar al cual hemos tenido que remontar por algunas cua dras el pintoresco río Nare, afluente del Magdalena. Nos saludan haciendo descargas al aire con sus revólveres, y

luego trepan la cuesta silenciosos, pensando sin duda en los ocho días de mula que les faltan para llegar a destino.

El aspecto de la naturaleza cambia visiblemente, revelando que nos acercamos a la región de las montañas. La roca eruptiva presenta sus lineamientos rojizos o grises en los cortes de la orilla, y la veget ación se hace más tosca. Las riberas se alzan poco a poco, y pronto, navegando en lechos profundamente encajonados, nos damos cuenta, por la extraordinaria velocidad de la corriente, de que las aguas corren hacia el mar sobre un plano inclinado. Estamos en la región de los chorros, o rápidos.

Para explicarse las dificultades de la ascensión, basta recordar que la ciudad de Honda, de la que estamos a pocas horas, situada en la orilla izquierda del Magdalena, está a 210 metros sobre el nivel del mar. Tal es la inclinación del lecho del río, inclinación que no es r egular y constante, pues en el punto en que nos encontramos, ej. de scenso de las aguas es tan violento, que su curso alcanza a veces a dieciséis y dieciocho millas por hora.

He aquí el chorro de Guarinó, el más temido de todos por su impetuosidad.

Se hacen los preparati vos a bordo, y el capitán Maal, nuestro simpático jefe, redobla su actividad, si es posible. Es un viejo marino, natural de Curacao; tiene en el cuerpo trein ta años de navegación del Magdalena. Está en todas partes, siempre de un humor e ncantador; habla con las damas, tiene una palabra agradable para todo el mundo, echa pie a tierra para activar el embarque de la leña, está al alba al lado del observatorio del práctico, anima a todo el mundo, confía en su estrella feliz y se ríe un poco de los chorros y demás e s- pantajos de los noveles. ¡Guarinó! ¡Guarinó! Nos precipitamos todos a la proa, temiendo que las aguas se rompiesen con estruendo en el filo del buque, como hemos notado en puntos donde la corriente era m enor.

Nos chasqueamos; no hay fenómeno exterior a no ser la lentitud de la marcha, que revela encon trarnos en el seno de aquel torbellino.

-¡Bah! ¡cuestión de treinta o cuarenta libras más de vapor! -dice el capitán.

Me voy a la máquina; las calderas empiezan a rugir y las válvulas de seguridad dejan ya escapar, silbando, un hilo de vapor poco tra nquilizador.

-¿Estamos aun en el terreno legal? -pregunto al joven, maquini sta, que no quita sus ojos del medidor.

-Tenemos aún cincuenta libras para hacer calaveradas, señor; p ero no quisiera emplearlas. El capitán Maal tiene horror a echar cabo a tierra, y pretende a toda fuerza pasar sólo con el auxili o de la maquina.

Y así diciendo, tocaba desesperadamente una campana aguda p idiendo leña, más leña, en las hor nallas. Los candeleros (fogoneros) se habían duplicado y aquello era un infierno de calor.

Subí a cubierta; tomando como mira un punto cualquiera de la costa y otro del buque, distinguíamos que, éste avanzaba con la misma lentitud que el minutero sobre el,

cuadrante de un reloj; pero avanz aba, lo que era la cuestión. Desde la altura, el capitán Maal pedía v apor, más vapor. Miré mi al rededor; muchos pasajeros habían empalidecido y observaban silenciosos, pero con la mirada un poco extraviada, los estremecimientos del barco bajo el jadeante batir de la rueda... De pronto, un hondo suspiro de todos los pechos: habíamos vencido, en media hora de esfuerzos, al temido chorro y avanzábamos francamente.

Subí adonde se encontraba el capitán y lo felicité.

-Tiene razón, capitán; es una ignominia sirgar al "Montoya", desde la orilla, como si fuera un *champan* cargado de harina o taguas.

El vapor se ha inventado para vencer dificultades, y el elemento de un buque es el agua y no la tierra.

-Usted me comprende; además, el cabo, a mi juicio, es de un a uxilio dudoso. Pero mi maquinista es muy prudente... No crea usted que hemos salvado todas las dificultades. Cuando el Guarinó está tan manso, tengo miedo del Mesuno. ¡Pero con unas libras más de v apor!...

-¿Y no hay peligro de volar?

-¿Quién piensa en eso, señor?

Declaro que yo empezaba a pensar, porque me pareció que el buen capitán se había forjado un ideal, respecto a la capacidad de r esistencia de las calderas de su "Montoya", muy superior a la garant izada por los ingenieros constructores.

Pronto estuvimos en el Mesuno; los semblantes, que habían rec obrado los rosados colores de la vida, volvieron a cubrirse de un tinte mortuorio. De nuevo el buque se estremeció, de nuevo se oyó la estridente campana del maquinista pidiendo leña, y de nuevo Maal, desde la altura, exigió vapor, vapor, más vapor. Inútil esta vez. Nos dimos cuenta que, en vez de avanzar, retrocedíamos, lo que importaba el más serio dé los peligros, pues, si la corriente con seguía tomar el barco cruzado lo estrellaba seguramente contra las peñas de la orilla.

-¡Dos hombres más al timón! ¡Vapor, vapor!

Hice una rápida reflexión: "Si esto vuela, parti ciparé de ese agradable fenómeno, sea estando sobre cubierta, sea al lado de la máquina.

Además, allí la cosa será más rápida". Miré en torno; había un miedo tan francamente repugnante en algunas ca ras, que resolví ceder a la curiosidad, y después de haberme cerciorado de que, si bien no ava nzábamos, no retrocedíamos ya, descendí a la región infernal.

Las hornallas estaban rojas y las calderas gemían como Encéfalo bajo la tierra. El maquinista se resistió a dar más presión; la rueda giraba con esfuerzos estupendos... Aquello se ponía feo, muy feo, cuando oí la voz de Maal que, con el acento desesperado de un oficial de Tristán rindiendo su espada, en Salta, gritaba: ¡Cabo!

Subí al lado de Maal; había tenido que ceder tris temente a la i nsinuación de algunos pasajeros y a la prudencia del maquinista que no le daba la can tidad de vapor que él pedía. Me indigna con él ¡oh *vanitas*!

pero confieso que contemplé con cierto contento íntimo el desembarco de diez a doce bogas que se lanzaron a tierra con un enorme calabrote (nuevecito, como me hizo notar Maal con indecible or gullo por no haberlo empleado antes), y treparon por las breñas de la orilla como cabras, y por fin, a una cuadra de distancia, fueron a amarrarlo en el tronco de un soberbio caracolí. Fue entonces cuando empezó a funcionar un potente cabrestante movido a vapor (lo que hice notar a Maal para su consuelo) enroscando en su poderoso cilindro la enorme cuerda que tres hombres humedecían sin reposo, para que no se i nflamase con el roce. Fuese la acción del ca bo, lo que me inclino a cr eer, aunque participando ostensiblemente de la opinión contraria del capitán, fuese, como éste lo creía, que por los simples esfuer zos de la máquina hubiésemos salido del atolladero, el hecho fue que el buque se puso en movimiento, y en breve, habiendo salvado todos los chorros secundarios, como el Perico, avistamos las dos o tres casas de un lugar situado en la margen derecha del río, frente a Caracolí, poco antes de Honda, llama do Bodegas de Bogotá, punto final de nuestro viaje fluvial.

Eran las dos de la tarde del 8 de enero de 1882, y habíamos e mpleado quince días desde Barranqui lla, remontando el Magdalena.

De la orilla del río, donde el vapor se detuvo, se sube por una cuesta sumamente pendiente al punto llamado Bodegas, compuesto de dos o tres casas. No hay allí recursos de ningún género, y bien triste momento pasa el desgraciado que no ha tomado sus precauciones de ante mano. Por mi parte, no sólo había pedido mis mulas por carta desde Caracas, sino que, al llegar a Puerto Nacional, lugar sobre el Magdalena, de donde arranca el telégrafo para Bo gotá, puse un despa- cho recomendando la inmediata remisión de las bestias a Honda.

Cuando descendimos a Bodegas y pedí noticias de mis elementos de transporte, se me contestó que probablemente estarían en los potreros de Río Seco, pues a orillas del río no había puntos donde hacerlas pastar. Despaché inmediatamente un propio, que dos horas más tarde volvió diciéndome que no había mulas de ningún gé nero para "Mi Excelencia". La cuestión se ponía ar dua, no porque me fuera imposible encontrarlas allí, sino porque, como decía Moliére , *qu'il y a fagots et fagots*, hay mulas y mulas. Las que yo esperaba, pedidas a un am igo, que después supe fue engañado por un chalán que le aseguró h aberlas remitido, debían ser bestias escogidas de buen paso, liberales y seguras, mientras que aquellas que podría conseguir en Honda, eran entidades desconocidas, y en estos casos la incógnita se resuelve gen eralmente de una manera depl orable.

Pronto llegaron al vapor tres o cuatro caballeros de Honda, el señor Hallam, el señor Montero, y va rios otros, que se pusieron en el acto a nuestra disposición con una

fineza y buena voluntad que agradezco aquí públicamente, animado de la esperanza de que estas líneas tengan la suerte feliz de caer bajo sus ojos.

Por otra parte, digo aquí lo que tendré que repetir un centenar de veces: en tierra colombiana, to dos los obstáculos que la topografía de aquel país ofrece al viajero, se me han hecho leves por la incan sable amabilidad de cuantas personas he encontra do, desde la gente culta, hasta el indio miserable, que en medio del camino me ha proporci onado un caballo para reemplazar mi mula cansada, sin pre tender explotarme y dejando a mi voluntad la remu neración del servicio. Se sufre, sí, se sufre mucho, pero es por las cosas y no por los hombres.

Colombia ha nacido ayer y se forma valientemente luchan do contra las dificultades infinitas de su naturaleza, abrupta, caprichosa, rica, pero salvaje. En sus mon tañas, una milla de camino de herradura vale tanto como una milla de ferrocarril en nuestras pampas. No nos qu ejemos, pues, y adelante.

Gracias a la obsequiosidad del señor Hallam, ob tuve mulas, que me fueron prometidas para la ma ñana del día sigu iente. Todo ese día, pasado en angustiosa expectativa, bajo una temperatura de fuego, fué realmente insoportable. Los pasajeros, numero sos, como he dicho antes, se ocupaban en los preparativos de viaje, unos con sus mulas a la mano, otros tratándolas con los arrieros. Recordé entonces lo que cuenta M. André, en su interesante descripción de este mismo viaje, publicado en *Le Tour du Monde.* Parece que fué explotado o creyó serlo por aquel que le alquiló las mulas, y al trazar sus recuerdos de viaje, lo anatematizó, lanzando su nombre a la execración humana.

Pero, he aquí que el caballero tan duramente tratado, era un hombre de honor que aprovechó su primer viaje a Europa para obtener de M.

André, que no contaba seguramente con la hués peda, una explicación completa, poco en consonancia con la altivez del insulto.

Entretanto, el ministro inglés, con su numerosa familia y serv idumbre, hacía también sus prepara tivos para partir al día siguiente.

Contaba hacer el viaje con lentitud; y como yo, por el contrario, tenía la idea de volar por la montaña, resolvimos despe dirnos en la mañana.

Las cosas debían pasar de otro modo.

LA NOCHE DE CONSUELO

En camino. - E1 orden de la marcha. - Mimí y Dizzy. - Los co mpañeros.

- Little Georgy. - They are gone! La noche cae. - Los peligros.

- "Consuelo". – El dormitorio común. - El cuadro. - Viena y París. - El grillo. - La alpargata. - El gallo de mi vecino. - La noche de Consuelo. - La mañana. - La Naturaleza. - La temperatura. - El guarapo.

- El valle de Guaduas. – El café . - Los indios portadores. - El eterno piano. - El porquero. - Las Indias viejas. - La chicha.

Pasaron las primeras horas de la. mañana y las segundas y las terceras, sin que las mulas aparecie sen. Por fin, después de momentos en que no brilló la paciencia cristiana, vimos aparecer nuestras bestias, que, bien pronto ensilladas, nos permitieron em prender viaje.

Partimos todos juntos. Rompían la marcha las dos hijitas del ministro inglés. Mimí, de seis años, y Dizzy, de cinco, dos de aquellas criaturas ideales que justifican el nombre de "Nido de cisnes", que el poeta dio a la isla británica. Nada más deli cioso que esas caritas blancas, puras, sonrosadas, con sus ojitos azules, profundos como el cielo y limpios como él, los cabellos rubios cayendo en ondas a los lados, la boca graciosa e inmaculada, mostrando los dientecitos sonrientes. Nada más suave, nada más dulce. Jamás una queja, siempre alegres y obedientes a bordo; cada vez que posaba mis labios sobre una de esas frentecitas delicadas se me serenaba el alma al resplandor del recuerdo de mis niños queri dos, que habían quedado en la patria, lejos, bien, lejos de mi cuerpo; cerca, bien cerca de mi corazón...

Mimí y Dizzy, con sus grandes sombreros de paja y sus trajecitos de percal rosado, sentaditas en un sillón armado en parihuela y co nducido a hombros por cuatro indios, parecían dos ángeles en el fondo de un altar. Habían tomado la delantera al paso vi goroso de los portadores y muy pronto las perdimos de vista. Venía en seguida la señora del ministro, joven, elegante, y respirando aún la atmósfera aristocr ática de los salones de Viena, última de las residencias diplomáticas de su marido. Pocas mujeres he visto en mi vida más valerosas y serenas; jamas una queja, y en aquellos momentos que hacen perder la calma al hombre de temperamento más tranquilo, una leve sonrisa siempre o una palabra de aliento. Recuerdo que en momentos de llegar a Co nsuelo, en las circunstancias que dentro de poco diré, hablába mos de Viena y ella me contaba algunas anécdotas características de la Pri ncesa de Metternich... Luego, seguía la marcha el ministro inglés, pl ácido, tranquilo, culto y resignado, llevando a *little* Georgy en los brazos. Porque *little* Georgy se había resistido con una tenacidad br itánica, increíble en sus años de edad, a aceptar todos los medios r acionales de transporte que se le habían indicado, tales como en los brazos de un indio a pie, una canasta sobre una mula, a la que haría contrapeso una piedra del otro costado, un catre llevado a hombros y sobre el cual lo acompañaría su *bonne*, los brazos del *maître d'hôtel*...

nada, *little* Georgy quería ir con su padre, y con su padre fué casi todo el camino, sin que éste, bueno, bondadoso, tuviera una palabra agria contra el niño. Sólo un momento *little* Georgy consintió en ir conm igo, seducido por mi poncho mendocino, que me fué necesario apenas llegamos a las alturas.

Luego, el servicio; el *maître d'hôtel* inglés, tan rígido sobre su mula como cuando más tarde murmuraba a mi oído: "Margaux, 1868", el *chef* francés, riendo y dándose cada golpe que las piedras se estremecían de compasión, y, por fin, las dos pobres

muchachas inglesas que jamás habían montado a ca ballo y que miraban el porvenir con horror.

Habríamos andado una hora, charlando amigable mente, en medio de las dificultades de un camino espantoso, descendiendo casi a pico por gradas imposibles en la montaña, donde las mulas hacían prodigios de estabilidad, cuando comprendí que a aquel paso, no sólo no llegaríamos a Consuelo, sino que jamás a Bogotá. Mis compañeros personales personales habían tomado la delantera ya; veía yo a mi colega con el cónsul inglés de Holanda, tranquilo sobre su suerte, me despedí, piqué mula y emprendí solo y rápi damente la marcha hacia adelante.

Después de media hora de camino, al doblar un recodo de la se nda, veo el palanquín donde iban Mimí y Dizzy, solo, abandonado en medio del camino, y las dos dulcísimas criaturas dentro, sonriendo al verme y tomaditas de las manos. Eche pié a tierra, y abrazándolas les pregunté por los conductores. *They are gone!* me dijeron simpleme nte.

Mire alrededor y vi una especie de choza que tenía aspecto de venta; los indios habían abandonado allí a las niñas para irse a tomar un guarapo. ¡Y el sol rajante caía sobre ellas y sus ojitos empezaban a tener las fosforescencias de la fiebre! Até mi mula, saqué del horno a las pobres las coloqué a la sombra de una roca saliente, y tomando el látigo por la sotera, me entré a la venta con la sana intención de pegar una tunda a aquella canalla a la menor ob servación... Pero en la h umildad con que me con testaron, en los ojos llenos de asombro que clavaban en mí, me di cuenta bien pronto de que no sospe chaban ni remotamente la causa de mi enojo, pareciéndoles lo más natural que los niños pasaran su vida entera bajo los rayos del sol. Evite discusi ones, les hice salir, coloque a mis angelitos en el palanquín, ordenando la marcha, comprendí que me sería más fácil arrojarme a un despeñ adero a uno de los lados del camino, antes que dejar solitas a Mimí y Dizzy. En el primer punto a propósito hice hacer alto, y allí esperamos la reunión de la, caravana, que tan atrás había quedado. Entretanto, la noche comenzaba a venir, juzgué que por mayores esfuerzos que h iciéramos no nos sería mate-rialmente posible llegar a Guaduas, como era el programa. Lo comu-niqué así, apenas llegaron los amigos, de quienes se había sep arado ya el cónsul inglés, y de común acuerdo resolvimos seguir adelante hasta donde fuera posible. Bien pronto las sombras cayeron por completo, el camino se nos hizo invisible, las subidas y bajadas, abruptas, rígidas, capaces de dar vértigo, más fre- cuentes. Las mulas marchaban lenta, lentamente, fi jando el pie con profunda prudencia, pero destrozándonos a veces las rodillas contra las rocas que no veíamos en la oscuridad intensa. El ministro in glés pretendía echar pie a tierra por el peligro que corría su hijo; le hice notar que las piernas de la mula eran más seguras que las suyas y no se desmontó. Puse un mozo de pie a la brida de la señora y me enca rgue personalmente de mis amiguitas del palanquín. Un ligero ruido a la espalda de la colum na y algunas risas ahogadas me hicieron saber que el *chef* acababa de caer, pero con felicidad. Acordán dome de un consejo de nuestros gauchos cuando marchan por

la pampa en las t inieblas de la noche, encargue a Mounsey no fumar, y sobre todo, no encender fósforos.

Así marchamos hasta las nueve de la noche; las mulas, trabaja ndo en la oscuridad, comenzaban a fa tigarse, y el riesgo de una caída se hacía por momentos más inminente. Debíamos haber subido algunos centenares de pies porque el frío comenzaba a hacerse sentir, así como el hambre, que no olvida jamás sus derechos. La situación, en una palabra, se hacía tan insostenible, que yo mismo creía oír un vago y bajo rúmor, de reproche por mi sacrificio en él fondo de mi egoísmo, cuando una voz de los portadores del palanquín, se hizo oír en el s ilencio del cansancio, diciendo simplemente: "¡Aquí es Con suelo!" Dudo que la dulce palabra haya jamás llegado a oídos humanos más impregnada de promesas. To dos hablaron a un tiempo, sin oírse, porque el tono elevado del coro era dominado por un enorme perro que nos ladraba de una manera desaforada, y que dividía mi inspir ación, entre los deseos de atraerlo con buenas palabras o el de pegarle un tiro. Echamos pie a tierra, dimos, en medio de la obscuridad, con una puerta que se abrió a fuerza de golpes y penetramos todos en una pieza cuadrada, débilmente iluminada por algunos candiles, y dentro de la cual había unas quince personas, algunas preparando sus lechos y otras alrededor de una mesa, huérfana aún de comestibles.

¡Aquella avalancha puso perplejo al dueño de ca sa, que nos declaró le era imposible darnos comodi dades, pero que si hubiéramos avisa- do! ...

La gran pieza comunicaba por una puerta, a la derecha, con una especie de pulpería donde una mu jer, con la mejor buena voluntad del mundo, despachaba una cantidad inconcebible de tragos. A la izquie rda se presentaba otra puertita, que daba a un cuarto de dos metros de ancho por tres de largo. La tomé por asalto, desalojando a dos o tres viajeros que estaban allí y que la cedieron gentilmente, e instalamos en ella a *miss* Mounsey, los tres niños y las dos *maids*. Luego tratamos de buscar algo que cenar; hab ía huevos y chocolate, y aunque un *roast-beef* habría venido mejor, aquello nos supo a cielo, condime ntado con la salsa del Eurotas.

Una vez arregladas la señora y la gente menuda, pensamos un momento en nosotros. No había más pieza que la que ocupábamos, y en ella, dentro de aquella atmósfera saturada de comida y humo de tabaco, debíamos dormir no menos de veinte personas. Conseguimos con Mounsey dos catres, atrancamos con ellos la puerta del cuartito, nos tomamos un enorme trago de *brandy,* y envolviéndonos en nuestras mantas, y sin sacarnos ni la corbata, nos tendi mos sobre la lona dura y desnivelada.

Aquí comenzaron las aventuras de aquella no che memorable, que recuerdo siempre con una ironía bajo el nombre de la "noche de Co nsuelo", y cuyas peripecias quiero consignar, porque persisten siem pre en mi memoria y no de una manera grata.

El cuadro era característico: los cohabitantes de la pieza eran de toda.-, las jerarquías sociales. Algu nos compañeros de viaje, comerciantes, diputados, arrieros, sirvientes, cocineros, ministros, diplom áticos, etc. Unos en el suelo, otros en catres, dos o tres hamacas pendientes del techo, aquí un desvelado, allí un hombre feliz, dormido ya

como una piedra, aquel que prolonga su *toilette* de noche a la luz de un candil mortecino por cuya extinción suspirábamos, el confuso ruido de nuestros portadores y sirvientes, que pretendían matar la n oche alegremente.

Nos mirábamos con Mounsey y no podíamos menos que reírnos.

-¿Dónde vivía usted en Europa antes de embar carse? -me preguntaba.

-En el Gran Hotel, en París.

-¿Dónde cenó por última vez?

-*Chez Bignon, avenue de l´Opera.*

-A ver el menú.

Le narraba una de esas pequeñas cenas delicio sas en que todo es delicado, y luego, en venganza, le hacía notar una *soirée* en casa de algún embajador en Viena.

Al fin se hizo la obscuridad, nos dimos las buenas noches, todo quedó en silencio y mientras, con los ojos abiertos como ascuas, mir ábamos el techo invi sible, el espíritu comenzó a vagar por mundos lejanos, a recordar, a esperar, a echar globos, según la frase característica de los colombianos.

Fué en ese momento cuando, precisamente bajo la cama de Mounsey, que estaba pegada a la mía, empezó a hacerse oír el grillo más atenorado que he escuchado en mi vida; el falsete atroz y mon ótono me crispaba el alma. Lo sufrimos cinco minutos; pero como el miserable anunciaba en la valentía de su entonación el propósito de continuar la noche ente ra, organizamos una caza que no dio resultado.

Un vecino, declarándose competente en la materia, pi dió permiso para echar su cuarto a espaldas, cogió el candil, y aunque también dio un fiasco absoluto, me permitió ver vagando por el cuarto de una venta, en las montañas andinas, la vera efigie de don Qui jote, cuando abandonaba el lecho a altas horas de la noche, y paseaba su escueta figura gesticulando a la lectura de las famosas hazañas de Galaor. Por fin, el dueño de casa entreabrió la puerta de la pul pería, tendió el oído, y como hombre habituado a esos pequeños incidentes de la vida, se dio vuelta tranquilamente y dijo a la mujer que despachaba en el mostr ador:

-Ruperta, dame *la* alpargata.

Si aquel hombre hubiera dicho "dame *una* alpargata", no me habría llamado la atención. Pero aquel *la* esa especificación concreta de un individuo de la especie, me hizo incorporar en el lecho y mirar por a puerta entreabierta. Ruperta se dirigió a un rin cón, que estaba al alcance de mi mirada, y descolgó de un clavo un aparato chato, que un ligero examen posterior reveló ser una, o mejor dicho, *la* alpargata. El ventero la tomó, se armó de un candil, vino recto a la cama de Mou nsey y tendió el oído. El infame grillo, por una intuición del genio, como se llaman en la vida las casualidades, había callado un mome nto.

¡Nada le valió! Al primer gorjeo, rápido, enérgi co, sin vacilación, como el memorista que hace un cálculo ante la concurrencia absorta, el ventero, de un golpe, lo aplastó contra la pared.

Ruperta tomó la alpargata.

Y el instrumento de muerte, terrible a los coleóp teros en manos de aquel hombre, volvió a reposar suspendido en el clavo tradicional.

Las horas pasaban lentas en el insomnio, rebelde al cansancio. Al través de la puerta oía el respirar puro y sereno de los niños, y lejano el ruido de un cencerro en el cuello de una mula, que me traía el r ecuerdo de aquellas noches pasadas entre las gar gantas de los Andes argentinos. Si el que lea estas líneas ha pasado alguna noche sem ejante lejos de la patria, bajo las mil circunstancias que excitan el espíritu, sabrá que es uno de los únicos momentos de la vida en que el insomnio no es una amargura in soportable. ¡Se piensan tantas cosas!

¡Pasan éstas tan rápidas y encantadoras! Y así, la imaginación mece al alma y el cuerpo en silencio, como el carcelero, conmovido ante los ruegos inocentes de los niños que custodia, acepta la vigilia para co ntemplar las rondas arm oniosas de sus huéspedes sublimes.

Por fin, la honda lasitud venció. El sueño impalpable comenzaba a bajar sobre mis párpados, cuando al pie mismo de mi cama, casi a mi oído, resonó el canto del gallo más histérico y estridente que haya rasgado el tímpano sobre la tierra. ¡Quedé aniquila do! Además de comprender que *la* alpargata sería innocua contra semejarte enemigo, vi que todos dormían. Tres minutos después, una nueva edición, más áspera aún si es posible. ¿Qué hacer? Me incorporé en el lecho, me oriente un momento y lancé el brazo a vagar por la oscuridad en la esperanza de que chocase con el cuello del animal, lo que me permit iría convertir mis dedos en un garrote vil.

-¿Qué busca, doctor? -dijo una voz a mi iz quierda, que reconocí por la de uno de mis compañeros de viaje.

-¡Psit! Trato de echar mano a este maldito gallo que no nos deja dormir y retorcerle el pescuezo.

-Pido a usted mil perdones, señor; pero la culpa la tiene mi m uchacho, a quien encargue anoche me colocase el gallo en sitio seguro; el animal lo ha traí do aquí.

-¡Ah! ¿conque es suyo?

-Y de mucho mérito, señor. Lo traigo desde Panamá y espero ganar mucho con él en la gallera de Bogotá. Pido gracia.

Y en obsequio a los intereses de mi vecino, pasamos el resto de la noche en blanco, con los oídos destrozados y esperando ansioso el alba, que al fin apareció.

Tal fué la "noche de Consuelo".

LAS ULTIMAS JORNADAS

El hotel del Valle. - De Guarduas a Villeta. - Ruda jornada. - La mula. - El hotel de Villeta. - Hospitalidad cariñosa. - Parlamento con un indio. – Consigo un caballo. – Chimbe.- La eterna ascensión.- Un recuerdo de Schiller.- El frío avanza.- Despedida.- Un recuerdo al que partió.- Agua Larga.- La calzada.- El "Alto del Roble".- La sábana de Bogotá.- Manzanos.- Facatativá.- En Bogotá.

No fué poco trabajo por la mañana reunir todos los elementos de viaje, desde las mulas a los indios portadores. Pero no nos dábamos prisa, porque habíamos resuelto hacer una jornada c orta, para dar descanso a las señoras y a los niños. No me olvidaré de una niñita de siete años, de Panamá, que un caballero llevaba a Bogotá para entr egarla a sus padres. Silenciosa, sonriendo siempre, trepadita en una mula caprichosa, hizo toda la marcha sin manifestar el menor cansa ncio.

En la cabeza sólo llevaba un sombrerito de paja, de alas estrechas.

En los duros momentos del mediodía, cuando el sol caía a plomo, abrasándome el cráneo protegido por el *helmuth*, solía acercarme a ella: "¿Que tal vamos ami guita?" – "Muy bien, señor".- "¿No está cansada, no quiere un quitasol?" –"No, señor; gracias. La mulita tiene buen paso". ¡Y yo veía a la pobre criatura sacudirse sobre la silla a impulso del endemo niado trote mular! Pueden las desventuras de la vida caer sobre esa niña, me decía; encontrarán con quien hablar.

Fué a la salida de Consuelo cuando nos dimos cuenta del sitio en que nos encontrábamos y de su estupenda belleza. Nuestro albergue nocturno estaba situado en la cúspide de la primer cadena montañosa que hay que atravesar para llegar a Bogotá. A todos lados, valles pr ofundos, cuyo fondo se entreveía a través de la bruma flotante que se columpiaba a nuestros pies. A la espalda, la cinta ancha y brillante del Magdalena, extendiéndose hasta donde la vista alcanzaba; al frente, una serie de mon tañas imponentes y sombrías. ¡Cuántas veces, al traspasar esos cerros y al aparecer a lo lejos otros más altos aún, miraba mi mula, cuyas orejas batían monótonas y cadenciosas, pr eguntándome si esa tortuga me llevaría a la región de las águilas!

La marcha era lenta porque no podíamos desprender nuestras m iradas de la vegetación soberana que se levantaba, como una sinfonía poderosa, en la falda de la montaña. ¿Qué árboles eran aquéllos?

¿Qué nombres llevan en la clasificación de Linneo esas infinitas fibrillas que entrelazan sus troncos, de fendiéndolos del sol y conservándoles una atmósfera de eterna frescura? ¿Cómo nombrar esas mil flores, ostentando los colores del iris, que se inclinan sobre la senda estrecha y mecen sus racimos sobre la frente del viajero? No lo sabía, no quería saberlo, no lo sabré nunca. ¿Se necesita, acaso, conocer las leyes físicas que determinan la tempestad para go zar de su aspecto soberbio? Aquello era una mezcla de la violenta vegetación alpina y de la exuberante florescencia tropical. Costeábamos la montaña por una estrecha senda practicada a su flanco. A la iz quierda, el abismo, adivinado por la razón, más que visto por los ojos. Los árboles, que arraigaban sus troncos allá en el perdido fondo, levantaban sus copas hasta

nosotros, las confundían y formaban un amplio toldo unido e impenetrable. De pronto, una cascada juguetona bajaba de la montaña e iba a alimentar el hilo de agua imperceptible que serpea en el valle.

Esa sección del camino es tal vez la más cómoda; salvo unas cuantas pendientes sumamente inclinadas y que fatigan en extremo por la p enosa posición que hay que conservar sobre la mula, la mayor parte de la ruta está bien conservada. Desde las on ce de la mañana, el sol comenzó a molestarnos viva mente; las bestias se hacen reacias, la vista se fatiga con la lejana y constante reverberación y una sed implacable empieza a devorarnos. Nos acercamos a una o dos chozas encontradas en el tránsito; pero las buenas mujeres que las ocupan, nos invitaron a no tomar el agua que pedíamos y que nos sería nociva. Fué entonces cuando acudimos al guarapo, que constituye una bebida sana y fortif icante.

A la una y media de la tarde estuvimos en la cumbre de una montaña que desde trepábamos desde temprano y que nos parecía in acabable.

Desde allí domi namos el precioso valle de Guaduas (cañas), el más pintoresco de los que he encontrado en mi camino y en cuyo centro brilla por su blancura la aldea que lleva su nombre. Es esa una de las regiones más privilegiadas de Colombia para el cultivo del café, cuyo grano rojo, destacándose de entre el verde follaje de los extensos cafetales que nos rodeaban, daba animación al paisaje. El café de Guadua, como el de otros puntos de Colombia igualmente reputados, es infinitamente superior a las marcas mejor cotizadas en el comercio.

Lo distinguí como al Yungas, un sa bor incomparable, aunque no tiene el perfume sin igual del Moka. Creo que una mezcla de tres partes de Guaduas y una de Moka haría una bebida capaz de estremecer al viejo Voltaire en su tumba.

Otra particularidad del valle son las cañas que le han dado el nombre. Algunas alcanzan a muchos metros de altura, con un diám etro de veinte a veinti cinco centímetros. Los indios las emplean, por su resistencia y poco peso, para hacer las parihuelas en que transportan a hombros todo aquello que no puede ser conducido por una mula, como pianos, espejos, maquinarias, muebles, etc.

Vamos encontrando a paso caravanas de indios portadores, conduciendo el eterno piano. Rara es la casa de Bogotá que no lo tiene, aun las más hu mildes. Las familias hacen sacrificio de todo genero para comprar el instrumento, que les cuesta tres veces más que en toda otra parte del mundo. ¡Figuraos el recargo del flete que pesa sobre un piano; transporte de la fábrica a Saint-Nazaire, de allí a Barranquilla, veinte o treinta días, de allí a Honda, quince o veinte días, si el Ma gdalena lo permite; lue go ocho o diez hombres para llevarlo a hombros durante dos o tres semanas! Encorvados, sudorosos, apoyándose en los grandes bastones que les sirven pa ra sostener en sus momentos de descanso, esos pobres indios trepan declives, de una inclinación casi imposible para la mula. En esos casos, el peso cae sobre los cuatro de atrás, que es necesario relevar cada cinco minutos. A veces las fuerzas se agotan, el

piano se viene al suelo y queda en medio del cami no. Así hemos en-contrado calderas para motores fi jos, muebles pesados, etc.

Nadie los y no hay ejemplo que se haya perdido uno solo de esos depósitos entregados a la buena fe general.

Muchas veces oímos el grito gutural de un con ductor de cerdos que empujaba su manada hacia ade lante. Con todos trababa conversación; rasgo curioso: van generalmente descalzos, pero llevan en la cintura, a guisa de puñal, un par de alpargatas nuevitas. Además, al flanco, la eterna peinilla, el facón de nuestros gauchos, hoja larga, chata y fil osa.

El aspecto de esos hombres, cubiertos de polvo y sudor, medio desnudos, desgreñados, enronquecidos por la producción continua de un grito gutural, áspe ro e intenso, es realmente salvaje. Son humildes y pacientes.- Buen día, amigo. - Buenos días, su merced.- ¿De qué parte viene?- Del Torima (o de Antioquía). - ¿Cuántos días trae de viaje?- Treinta (o cuarenta).- ¿Por dónde pasó el Magdalena?- Frente a Ambolema (o Nare).- Etc. Nunca deja de pedir el cuartillo, que, una vez en su poder, se convierte inmediatamente en chicha o guarapo, sobre todo en chicha (el azote de Colombia) en la próxima parada.

¡Se encuentra a centenares de indias encorvadas bajo el peso y el volumen de las ollas, cántaros, hor nallas, etc., de barro cocido, que llevan a la espalda, vienen solas de más lejos aún que los porqueros, y después de dos o tres meses de marcha, vuelven a su pueblo con un beneficio de un par de pesos fuertes! Pueblo rudo, trabajador, paciente, con aquel fatalis mo indio, más intenso y callado que el árabe, será un elemento de rápido progreso para Colombia el día que se implanten en su suelo las industrias euro peas. Pero ante todo, hay que desarraigar en los in dios el hábito de la chicha, funesta fermentación del maíz, cuyo uso constante acaba por atrofiar el cerebro. En Bogotá he notado con asombro la viveza chispeante de los cachifos de la calle (pillu elos), cuyas respuestas en nada desmerecían de la ocurren cia de un gamín del bulevar. Entretanto, los niños adultos tienen la fisonomía muerta y el espíritu em botado. Los estragos de la chicha son terribles, sobre todo en las mujeres, aglomeradas siempr e en las puertas de los inmundos almacenes donde se expen de la bebida fatal. Abotagadas, sucias, vacilantes en la marcha, hasta las más jóvenes presentan el aspecto de una decrepitud prematura. El ajenjo, veneno lento, da por lo menos cierta excitación artificial; la chicha embrutece como el opio...

Henos por fin en el bonito Hotel del Valle, situado en la entrada del pueblo de Guaduas y único albergue decente en todo el camino de Honda a Bogotá. Hay, sin embargo, mucha gente y es necesario co ntentarse con poco. Allí pasamos todo ese día, porque resueltamente, había decidido no separarme de mis compañeros de viaje. Ya somos buenos amigos con Mimí y Dizzy, y *little* Georgy empieza a tenderme, los bracitos.

La tercera jornada, que emprendernos como siem pre, a las ocho de la mañana, habiéndonos dado cita para la seis, será también muy corta, pues pensamos

detenernos en Villeta, adonde llegaremos a las tres de la tarde. Fué, sin embargo, sumamente dura, por que la temperatura, que en Guaduas era deliciosa, se elevaba constantemente a medida que descendíamos al fondo del embudo en que está situado Villeta. Ese descenso interminable, por un camino que la calza da de piedra destruida hace imposible, el sol, que caía a plomo, la mula, cansada, afirmando el pie len tamente en las puntas de los guijarros sueltos, todo empezaba a darnos fiebre. Además, veíamos a la Vi lleta allí en el fondo, casi al alcance de la mano, tal era el efecto de per spectiva, y marchábamos, marchá bamos tras la aldea que parecía al ejarse a medida que avanzábamos.

Como la senda es estrecha, no hay ni aun el re curso de la conversación, pues es necesario marchar uno a uno. Tan pronto atrás, tan pronto adelante, en todas partes mal. En el momento en que escribo estas líneas, aunque bien lejos de mi tierra, no veo ya mulas en el po rvenir de mi vida. Sólo el Cielo sabe las peregrinaciones que aun me esperan, pero no será jamás un acto espontáneo de mi voluntad el vo lver a treparme en una mula. Cada vez que en mis largos viajes de f errocarril, cuando después de vein te o treinta horas de inmovilidad, no se tiene ya postura, entra en mi espíritu aquel mal humor que to dos conocen, no tengo más que acordarme de la mula... para sentirme, alegre y dispuesto. La que yo llevaba en ese momento era detestable, reacia, lerda, con una cojera endemoniada. Además, con una costu mbre de las más amenas. Como la senda es estrecha, según he dicho, cada vez que viene en direc ción contraria una arria de mulas carg adas, hay que tomar precauciones infinitas, a fin de no destrozarse las rodillas contra los costales o no ir a dar al abis mo. Pues mi mula tenía la manía de acercarse, de estrecharse, contra todos los congéneres que encontraba a su paso. No le escaseaba reprimendas; pero la víctima era yo, que, tenía las piernas y los brazos dislocados. Las mulas de carga, rendidas por una as censión penosa, se echan al suelo inmedi atamente que los arrieros, que las guían a pie y a gritos, dan la voz de alto. Así, cuando mi amigo el poeta chileno Soffia, que representa a su país en Colombia, llegó a Honda, visto su volumen considerable y para mayor seguridad, se le dió una robusta mula de carga que, sin el menor discernimiento entre un cajón de loza y un diplomático, se echaba al suelo en el acto que el jinete la detenía, lo que no contribuía, para este, a aumentar los encantos del viaje.

Las autoridades locales de Villeta, con algunos amables vecinos que se habían unido, salieron a re cibirnos y a conducirnos al hotel. ¡Al hotel! ¡Un bogotano se pone pálido al oír menc ionar el hotel de V illeta!

¡Que haríamos nosotros cuando contemplamos la realidad! F elizmente para mí, se me avisó qué un amigo me, había hecho preparar alojamiento en una casa particular. Allí fui y recibí la más cariñosa acogida de parte de la señora Mauri, que, junto con las aguas termales y un inmenso árbol de la plaza constituye lo único bueno que hay en Villeta, según aseguran las malas lenguas de Bogotá, ¡Qué delicio so me pareció aquel cuartito, limpio como un am po, sereno, silencioso!

¡Había una cama! ¡Una cama, con almohada, sábanas y cobijas! Hacía un mes que no conocía ese lujo asiático. La dulce anciana, cari ñosa, rodeándome de todas las imaginables atenciones, me traía a la mem oria el hogar lejano y otra ca beza blanquea como la suya, haciend o el bien sobre la tierra.

Cuando a la mañana siguiente, llegué al hotel, fresco, bañado, rozagante, mi colega inglés me miró con, unos ojos feroces. ¡Habían pasado una noche in fernal, compartiendo las camas (¿) con una cantidad tal de bichos desconocidos, que las dos o tres cajas de polvo insecticida que habían esparcido por precaución, sólo habían servido para abrirles el ape tito!

Partí adelante, solo, para hacer preparar el al muerzo en Chimbe.

A la hora de camino, la mula se me cansó definitivamente; ni la e spuela ni el látigo eran suficientes. Me encontraba aislado, en un terr eno, desconocido, al pie de una cuesta de una inclina ción absurda.

¿Qué hacer? Busqué la sombra de un árbol, me tendí, encendí filosóf icamente un ciga rro y esperé, mientras l os grillos cantaban a mi alrededor y el sol se levantaba ardiente como una as cua en un cielo de una pureza profunda. Un cuarto de hora después, algunas piedras p equeñas que rodaban, me indicaron que alguien bajaba la cuesta. No tardó en aparecer un indio montado en un caba llito alazán, flaco, pero de piernas delgadas y ner viosas. Me paré en medio del camino y a veinte pasos mi hombre se detuvo intrigado sin duda por mi traje ex ótico en aquellos parajes. Aun no llevaba el traje colombiano de viaje, que más tarde adopté por comodidad. Un casco de los que los oficiales ingleses usan en la Inda, un poncho largo de guanaco (el ca riñoso compañero que me acompañó de Mendoza a Chile y que hoy ha de scendido a las humildes fun ciones de *couvrepieds* en los ferrocarriles), y unas botas granaderas constituían mi *toilette* del momento. El indio abrió tamaños, ojos cuando oyó salir del fondo de aquella aparición una voz que hablaba español con claridad bastante, para hacerle co mprender que mi modesto deseo era cambiar mi mula cansada por su caballo fresco. No sé si habría llegado hasta el crimen si aquel hombre se resiste; pero, por lo menos, estaba dispuesto a todos los sacrificios.

El in dio meditó largamente, echó pie a tierra, hizo un trueque de monturas y me encargó que entregase el caballo a Fulano, en Agua Larga. Mi criado, que venía atrás, al pie de la mula que llevaba a una de las niñitas, se encargaría de mi exhausta montura. “Ahora, amigo, arreglemos el alquiler". Daba vueltas al sombrero de paja, sacaba y volvía a meter en la cintura el inevitable par de alpargatas nuevas, me hablaba largamente de las condiciones de su alazán, que tenía galope, cosa rara en los caballos de monta ña, etc. Por fin reventó: ¡quería tres pesos fuertes! ¡Oh, indio ingenuo, descendiente del que daba al esp añol un puñado de oro por una cuenta de vidrio!

Fui magnánimo y le di cinco, lo que me valió algunos consejos sobre la manera de acelerar la marcha del alazán.

Por fin llegué a Chimbe, después de transponer montañas y montañas. Cuando, vencida una cumbre, se me presentaba otra más elevada aún, solía detenerme y preguntarme si no era juguete de alg una travesura colosal. ¿A dónde voy? ¿Cómo es posible que allá, tras esos cerros gigantescos, en esas cimas que se pierden en las nubes, habite un pueblo, exista una ciudad, una sociedad civilizada? Sólo me rendía an te el piano eterno que pasaba a mi lado por el hom bro dolorido de diez indios jadeantes. Arriba, pues. No sé si alguno de los h ijos de Buenos Aires, nacidos y educados con el espectáculo de la pampa siem pre abierta, le habrá ocurrido en su primer viaje en países montañosos el mismo fenómeno que a mí, es to es, serme necesario un esfuerzo para persuadirme de que en los estrechos valles, en las cue stas inclina das, vive un pueblo, de hábitos sedentarios y con un organismo social análogo al nuestro. Recuerdo viajando en Suiza, por primera vez (venía de las que llanuras lombardas), me preguntaba cómo los hombres podían apegarse a las rocas frías y estériles, tan rebeldes a la labor humana, en vez de ir a sentar rea les en las tierras fecundas y generosas, donde la azada se pierde sin esfuerzo. Esa mi sma noche, Schiller me contestaba en este diálogo admirable entre Tell y su hijo.

Walter, mostrando el Bannberg. - Padre, ¿es cierto que sobre esa montaña, los árboles sangran cuan do se les hiere con el hacha?

Tell.- ¿Quién te ha dicho eso, niño?

Walter.- El pastor cuenta que hay una magia en esos árboles, y que, cuando un hombre los ha mal tratado, su mano sale de la fosa después de su muerte.

Tell.- Hay una magia en esos árboles, es cierto. ¿Ves allá, a lo lejos, esas altas montañas cuya punta blanca se levanta hasta el cielo?

Walter.- Son los nevados, que durante la noche resuenan como el trueno y de donde caen las avalanchas.

Tell.- Sí, hijo mío; hace mucho tiempo que las avalanchas h abrían enterrado la aldea de Atdorf, si la selva que está ahí arriba de nosotros, no le sirviera de baluarte.

Walter, después de un momento de reflexión. - Padre, ¿hay comarcas donde no se ven montañas?

Tell.- Cuando se desciende de nuestras montañas y se va siempre abajo siguiendo el curso del río se llega a una vasta comarca abierta, donde los torrentes no espuman, donde los ríos corren lentos y tranquilos.

Allí, de todos lados, el trigo crece libre mente en bellas llanuras y el país es como un jardín.

Walter.- Y bien, padre mío, ¿por qué no descen demos aprisa h acia ese bello país, en vez de vivir aquí en el tormento y en la ansiedad?

Tell.- ¡Ese país es bueno y bello como el cielo, pero los que lo cultivan no gozan de la cosecha que han sembrado[3]!

Y Tell explica a su hijo lo que es la libertad. No falta, por cierto, en Colombia.

¡Cómo comprendo hoy el afecto tenaz y duro de los montañeses por su patria! Hay allí indudablemen te una comunidad más íntim a y constante entre el hombre y la Naturaleza, que en nuestras pampas dilatadas, solemnes y monótonas, llenas de vigor al al ba, deslumbrantes al mediodía, tristes al caer la tar de, jamás íntimas y comunicativas. La montaña suele sonreír y consolar; la pampa llora con nosotros, pero llora como por un dolor gigante y solemne, arri ba de nuestras pequeñeces humanas. ¡La montaña es forma, es color; da el placer de la pintura, de la estatuaria o de la arquitectura, concreto siempre; la pampa empapa el alma en la sensación vaga y pro funda de la música, infinita, pero informe!... También se ama la llanura, en el ella, ¡oh poeta! echa su raíz viva y vigorosa el árbol de la libertad...

Chimbe es un punto del camino, donde se levantan dos o tres c asas en una de las cuales hay algo a manera de hostería, en la que, de spués de un largo parlamento con la dueña, se obtiene un almuerzo compuesto de un caldo de papas, las papas duras y el caldo flaco, s eguido por un trozo de carne salada, el trozo chico y la carne paqu idérmica.

Es otra de las regiones privilegiadas para el café. La temperatura, determinada no ya por la latitud, sino por la elevación, empieza a variar; la transpiración se detiene, ráfagas frescas comie nzan a acariciar el rostro y la presión atmosférica, haciéndose más leve, dificulta un tanto la respiración para el pulmón habituado al aire compacto de la tierra caliente.

Allí me despedí de la familia de mi colega el ministro inglés, que pensaba pasar la noche algo más adelante en Agua Larga, mientras yo, gracias a mi alazán, tenía la esperanza de arribar a la sabana, avanzar hasta Facatativá y tomar allí el carruaje, que según mis cá lculos, me estaría esperando desde la víspera.

Nunca hubiera sospechado que aquel hombre robusto a quien estrechaba la mano con cariño y que me contestaba lleno de gratitud, sucumbiría tres meses después, casi en mis brazos, derribado por un soplo helado que fue a paralizar la vida en sus Pul-mones. ¡No me olvidaré jamás de la profunda y callada desesperación de aquella mujer joven, bella y elegante, que se había sacrificado bu scando un avance en la carrera de su marido, sola, rodeada de sus hij itos, en el punto más lejano casi del mundo, emprendiendo la triste ruta del regreso, mientras el cuerpo del compañero dormía en el sueño de la muerte allá en la remota altura! Teníamos el alma sombría d elante de aquel cadáver, pensando cada uno en la patria, en el hogar tan lejos y en las vicisitudes de esta carrera vagabunda... ¡Reposa el amigo en el seno de un pueblo hospitalario que mezclo sus lágrimas a las de los suyos, y según la bella frase de

[3] Schiller, *Guillermo Tell*, acto III, esc. III.

Soffia, el mismo cielo que habría cubierto sus restos en suelo inglés, los cubre en tierra colo mbiana!

Emprendí la marcha, llevando conmigo un muchacho montado, pues en Chimbe despedí al mozo de pie, cuya utilidad durante el viaje había sido sumamente problemática. Los equipajes iban adelante, y, según mi cálculo, debían ya encontrarse en Bogotá. Sólo llevaba una valija con papeles y valores.

El camino ascendente hasta Agua Larga es en cantador; mi alazán marchaba noblemente, trepando con la seguridad de la mula, pero sin su andar infernal. Serían las cuatro de la tarde cuando llegué a Agua Larga, punto de donde parte una excelente calzada hasta la sabana, transitable aun para carrua jes. Como no encontrase allí ni no-ticias del mío, ordené a mi infantil escudero siguiese adelante, para esp erarme en Manzanos, primer punto de la sabana, mientras yo conve rsaba un rato con algunos distin guidos caballeros de la localidad que habían venido a saludarme.

Cuando seguí viaje, sentía un frío intenso. Agua Larga tiene r eputación de ser el sitio más glacial de la montaña. La altura contrib uye mucho, pero sobre todo su exposición a los vientos que entran silbando por dos o tres aberturas de los cerros circunvecinos. ¡Con qué placer lancé mi caballo al galope por la extensa calzada! Es una fru ición sin igual para el que viene deshecho por el paso de la mula. P e- ro, una hora después, ni sombra de mi muchacho, al que hacía mucho tiempo debía haber alcanzado.

¿Se lo había tragado la tierra? No me convenía, porque llevaba todo lo que me interesaba. Desande mi caminó, pregunté en todas partes; nadie lo había vis to; realmente inquieto, me detuve a meditar sobre el partido que debía tomar, cuando un indio que pasaba me sug irió la probabilidad de que el cachifo hubiese tomado el camino de abajo, que acortaba mucho la distancia. Tranquilo, continué. Subía, subía constantemente, y de nuevo me, preguntaba cuándo concluiría aquella ascensión interminable, donde se encontraba la tierra promet ida.

La Naturaleza había variado, y ahora se extendía a mi vista extensos y frondosos bosques de variados pinos. Al frente, altos picos inaccesibles.

¿Habría también que trasponerlos? De pronto, un grito de asombro se me escapó del pecho. Al doblar un recodo, una ancha llanura plana, plana, bañada por el sol, se dilató ante mis ojos.

Estaba en el Alto del Roble, la soberbia puerta que da ingreso a la sabana de Bogotá. Miraba a mi espalda y se veía escalonarse a lo lejos una serie de montañas que había traspuesto para llegar a aquella alt ura:

¡estaba a 21.700 metros sobre el ni vel del mar!

¿Qué capricho de la Naturaleza tendió, esa pam pa en las cumbres?

¡Cómo ve el ojo más ignorante que aquella debió ser en los tiempos primitivos el lecho de un inmenso lago superior! L a impresión es pro-funda por el contraste; en vano viene el espíritu prep arado, el hecho ultrapasa toda expectativa.

La sabana presenta a la entrada el aspecto de una inmensa ci rcunferencia limitada por una cadena circu lar, de cerros de poca elevación.

Es una planicie sin atractivos pintorescos, y al entrar en ella, es necesario despedirse de las vistas encantadoras que he dejado atrás.

En Manzanos, al acercarme al hotel para averiguar algo de mi carruaje, vi... ¡mis pobres equipajes, abandonados bajo un corredor!

Me fueron necesarios algo más que ruegos para determinar a los arri eros a conducirlo hasta la próxima aldea de Facatativá, a la que llegué tarde ya, encontrando en la puerta del hotel al secretario, que, a pesar de sus dos días de avance, no había conseguido aún el carruaje para llegar a Bogotá. Pasamos allí la noche en un detestable hotel, frío c omo una tumba, y al día siguiente, después de cinco horas de marcha por la sa-bana, encontramos por fin la capital de los Estados Unidos de Colombia.

¡Era el 13 de enero de 1882, y hacía justo un mes que nos habí amos puesto en viaje de Caracas!

¡De Viena a París se va en 28 horas! Verdad que, cuando yo tenía diez años, empleaba con mi familia un día en hacer dos leguas de pantanos que separaban a Flores de Buenos Aires. También... ¡empi eza a hacer rato que yo tenía diez años!

El SALTO DE TEQUENDAMA

La partida.- Los compañeros.- Los caballos de la sabana. – El traje de viaje. - Rosa.- Soacha. – La hacienda de San Benito.- Una noche toledana. – La leyenda del Tequendama.- El mito chibcha.- Humboldt.- El brazo de Neuquetheba. –El río Funza.- Formación del Salto. - La hacienda de Cincha.- Pai sajes.- La cascada vista de frente.

- Impresión serena.- En busca de otr o aspecto. - Cara a cara con el Salto.- El torrente. - Impresión violenta.- La muerte bajo esa faz. - La hazaña de Bolívar. - La altura del Salto. - Una opinión de Humboldt. - Discusión. - El Salto al pie. - El doctor Cuervo. - Regreso.

Al fin llegó el día tan deseado del paseo clásico de Colombia, la visita del Salto del Tequendama, la maravilla natural más estupenda que es posible encontrar en la corteza de la tierra. Desde que he pues to el pie en la altiplanicie andina, sueño con la cata rata, y cuando, al cansado paso de mi mula, llegué a aquel punto admirable que se llama el Alto de Robe, desde el cual vi desenvolverse a mis ojos, atónitos, la inmensa sábana, parecióme oír ya "del Te quendama el retemblar profundo".

Ha llegado el momento de ponernos en marcha, el día está claro y sereno, lo que nos promete una atmósfera transparente al borde del Salto. A las tres de la tarde, la caravana se pone en movimiento. Somos ocho amigos sanos, contentos, jóvenes y

respirando alegremente, el aire de los campos, viendo la vida en esos momentos color de rosa, bajo la impre sión de la profunda cordialidad que impera y ante la perspectiva de las hondas emociones del día si guiente. Son Emilio Pardo, tan culto, tan alegre y simpático; Eugenio Umaña, el señor feudal del Tequendama, en una de cuyas haciendas vamos a dor mir, caballeroso, con todos los refinamientos de la vida europea por la que suspira sin cesar, músico con sumado; Emilio del Perojo, Encargado de Negocios de España, jinete, decidor, pronto para toda empresa, con un cuerpo de hierro contra el que se embota la fatiga; Roberto Suárez, varonil, utópico, trepado eternamente en los extremos, exagerado, pintoresco en sus arranques, incapaz de concebir la vida bajo su chata y positiva monotonía, apasionado, inteligente e instruido; Carlos Sáenz, poeta de una galanura exquisita y de una facilidad vertiginosa, chispeante, sereno, igual en el carácter a un cielo sin nubes; Julio M allarino, hijo del dignísimo hombre de Esta do que fué presidente de Colombia, espiritual, hábil, emprendedor, literato en sus ratos perd idos; Martín García Mérou, meditando su oda obligada al Salto, y por fin, yo, en uno de los mejores instantes de mi espíritu, nadando en la conciencia de un bienestar profundo, con buenas cartas de mi tierra recibidas en el m omento de partir y con la tranquilidad que comunican los pequeños éxitos de la vida.

Volábamos sobre la tendida sábana, gozando de aquella indecible fruición física que se siente cuando se corre por los campos sobre un caballo de fuego y sangre, estremeciéndose al menor que ademán que adivina en el jinete, la boca llena de espuma, el cuello encorvado y pidiendo libertad, para correr, volar, saltar en el espacio como un páj aro.

No he montado en mi vida un animal más noble y generoso que aquel bayo soberbio que mi amigo J. M. de Francisco tuvo la amabilidad de enviarme a la puerta de mi casa, aparejado a la orejón, c omo si dijéramos a la gaucha. Verdad que el caballo de la sábana de Bogotá es una especialidad; todos ellos son de paso, y es imposible formarse una idea de la comodidad de aquel andar sereno, cuya suav idad de movimientos no se pierde, ni aun en los instantes de mayor agitación del animal. No tienen aquel ridícu lo braceo de los caballos chilenos, tan contrario a la naturaleza; pero su brío elegante es i ncomparable.

Encorvan la cabeza, levantan el pecho pisan con sus f érreos cascos con una firmeza que parte la piedra y fatigan el brazo del jinete que tiene que llevarlos con la rienda rígida. La espuela o el látigo son inúti les;basta una ligera inclinación del cuerpo para que el animal salte, y, como dicen nuestros, pida rienda. Y así marchan días enteros; después de un violento viaje de dieciséis leguas, con sus c arreras, salto, etcétera. He entrado en Bogotá con los brazos muertos y casi sin poder contener a mi caballo, que, embriagándose con el res onar de sus cascos herrados sobre las piedras, aumentaba su brío, saltaba en arrollo como en un circo y daba muestras inequívocas de tener veleidades de treparse a los balcones. Todo los animales que eran por el estilo; en el camino llano que va a Soacha, solo una nube de polvo revelaba NUESTRA PRESENCIA. Volábamos por él, y los caballos, exitándose mutuamente, tascaban fre

néticos los frenos, y cuando algún jinete los precipitaba contra una pared de adobes o contra un foso, salvaban el obstáculo con indecible elegancia.

El traje que llevábamos es también digno de mención, porque era el que usa todo colombiano en viaje. En la cabeza, el enorme sombr ero suaza de paja, de anchas alas que protegen contra el sol y de elev ada copa que mantiene fresco el cráneo. Al cuello, un amplio pañuelo de seda que abriga la garganta contra la fría atmósfera de la sábana al caer la noche; luego, nuestro poncho, la ruana colombiana, de puño azul e impermeable, corta, llegando por ambos lados sólo hasta la cintura. Por fin, los zamarros nacionales, indispensables, sin los cu ales nadie monta, que yo creía antes de ensayarlos, el aparato más in útil que los hombres hubieran inventado para mortificación propia, opinión sobre la que más tarde, hi ce enmienda honorable: Los zam arros son dos piernas de calzón de media vara de ancho, cerradas a lo largo, pero abiertas en su punto de unión, de manara que sólo prot egen las extremidades. Cayendo sobre el pie metido en el estribo m orisco que semeja un escarpín, dan al jinete un aire elegante y seguro sobre la silla. Son generalmente de *caoutchouc*, pero los orejones verdaderos, la gente de campo, los usan de cuero de vaca con pelo, simplemente sobado[4]. Si se tiene en cuenta que en aquellas regiones los aguaceros torrenciales persisten las tres cuartas partes del año, se comprenderá que estas precauciones son indispensables para los viajes en la montaña, en climas donde una m ojadura, puede costar la vida.

Pronto estuvimos en Bosa, distrito del departamento de Bogotá, antiquísimo pueblo chibcha, que fué el cuartel general de Gonzalo Jiménez de Quesada, antes de la fundación de Bogotá, y lugar de r ecreo del virrey Solís, que podía allí dar rienda suel ta a su pasión por la caza de patos.

Una hora más tarde cruzábamos bulliciosamente las muertas c alles de la triste aldea de Soacha, de dos mil quinientos habitantes y con un metro de elevación sobre el nivel del mar por habitante. En las inmediaciones de Soacha, y a 2.260 metros de eleva ción, dice Humboldt que encontró huesos de mastodonte. ¡Deben esos restos de un mundo desvanecido haber reposado allí muchos millares de años antes de ser hollados por la planta del viajero alemán!

Los visitantes comunes del Salto hacen noche Soacha, para m adrugar al día siguiente y llegar a la catarata antes que las nieblas la hagan invisible. Pero nosotros íbamos con el señor de la comarca pues la región de Tequendama pertenece a la familia Umaña, por concesión del rey de España, otorgada hace doscientos y tantos años. Nos dirigíamos a una de las numerosas haciendas en que está subdividida, la de San Benito, a la que llegamos cuando la noche caía y el viento fre sco de la sábana abierta empeza ba a hacernos bendeci r los zamarros y la ruana cari ñosa. Allí nos esperaba una verdadera sorpresa, en la mesa luculiana que nos presentó el anfitrión, con un

[4] Los elegantes de Bogotá los usan de cuero de león

menú digno del café Anglais, y unos vinos, espe cialmente un Oporto feudal, que habría hecho honora las bodegas de Rothschild.

Allí pasamos la noche, es decir, allí la pasaron los que, como Pardo, Perojo y yo, tuvimos la buena idea de dar un largo paseo después de comer. Mientras, tendidos en el declive de una parva, habl ábamos de la patria ausente y contemplábamos la sá bana, débilmente iluminada por la claridad de la noche, y las cimas caprichosas de las pequeñas montañas que la limitan, llegaban a nuestros oídos rui dos confusos desde el interior de la casa, rumor de duro batallar, gritos de victoria, imprecaciones, him nos. Cuando, dos horas más tarde, entramos en demanda de nuestros lechos, los campos de la Moskowa, de Eylau o de Sedán, eran idilio al lado del cuadro que se nos ofreció a la vista. Aun recuerdo una almohada que era un poema. Como aquellos sables que en el furor del combate se, convierten en tirabu zones, la almohada, abierta de par en par, dejaba escapar la lana por anchas heridas, mientras que un débil pedazo de funda procuraba retenerla en su forma prístina. Mesas derribadas, sillas desvencija das, botines solitarios en el medio del cuarto y en los rincones, sobre los revueltos lechos, los combatientes inertes, exhaustos. El cuarto diplomático h abía sido respetado, y ganarnos nuestras camas con la sensación del iciosa del peligro evitado.

Como al amanecer debemos ponernos en camino del Salto, ha llegado el momento de explicar su formación, buscando previamente su fe de bautismo, su filiación en la teogonía chibcha. La imaginación de los americanos primitivos, que ha creado las le yendas de México y del Perú, tiene que brillar también en estas alturas, donde la proxim idad de los cielos debe haberle comunicado mayor intensidad y esple ndor.

No fatigaré exponiendo aquí toda la mitología chibcha, raza principal de las que polulaban las al turas de lo que hoy se llama C olombia, cuando en 1535 llegaban por tres rumbos distintos los co nquistadores españoles. Entre éstos, Quesada, el mas notable, recogió las principales leyendas, y aunque desgraciadamente su manuscrito se perdió, los historia dores primitivos del nuevo reino de Granada las han conservado, salvándolas del olvido.

Humbolt, refiriéndose a las tradiciones religiosas de los indios respecto al origen del Salto de Tequendama, dice así:

"Según ellas, en los más remotos tiempos, antes que la Luna acompañase a la Tierra, los habitantes de la meseta de Bogotá vivían como bárbaros, desnudos y sin agricultura, ni leyes, ni culto alguno, según la mitología de los indios muiscas o moscas. De improviso se aparece entre ellos un anciano que venía de las llanuras situadas al este de la Cordillera de Chingasa, cuya barba larga y espesa, le hacía de raza distinta de la de les indígenas. Conocíase a este ancia no por los tres nombres de Bochica, Nenquetheba y Zuhé, y asemejábase a Manco Capac. Enseñó a los hombres el modo de vestirse, a construir cabañas, a cultivar la tierra y reunirse en sociedad; acompaña balo una mujer a quien también la tradición da tres nombres: Chia, Yubecah iguaya y Huitaca. De rara belleza, aunque de una excesiva malignidad,

contrarió esta mujer a su esposo en cuanto él emprendía para favorecer la dicha de los hombres. A su arte mágico se debe el crecimiento del río Funza, cuyas aguas inundaron todo el valle de Bogotá, per eciendo en este diluvio la mayoría de los habitantes, de los que se sa lvaron unos pocos sobre la cima de las montañas cercanas. Irritado el anciano, arrojó a la hermosa Huitaca lejos de la Tierra; convirtióse en Luna entonces, comenzando a iluminar nuestro planeta durante la noche. Bochica, después, movido a piedad de la situación de los ho mbres dispersos por las montañ as, rompió con mano potente las rocas que cerraban el valle por el lado de Canoas y Tequendama, haciendo que por esta abertura corrieran las aguas del lago de Funza, reuniendo nuevamente a los pueblos en el valle de Bogotá. Construyó ciudades, introdujo el culto del Sol y nombró dos jefes a quienes confirió el p oder eclesiástico y secular, retirándo se luego, bajo el nombre de Idacanzas, al valle San to de Iraca, cerca de Tunja, donde vivió en los ejercicios de la más austera penitencia, por espacio de 2.000 años." Es necesario haber visto aquella solución de la montaña, por donde el Funza penetra bullicioso y violento, aquellas rocas enormes, suspendidas sobre el camino, como si hubieran sido demasiado pes adas para el brazo de los titanes en su lucha con los dioses, para apr eciar el mito chibcha en todo su valor. Hay allí algo como el rastro de la voluntad inteligen te y de la tutela eterna y profunda de la Natural e- za sobre el hombre, tiene que haber sido personificada por el indio cándido en la fuerza sobrehumana de uno de esos personajes que ap arecen en el albor de las teogonías, indígenas como emanaciones d irectas de la divinidad.

La mañana estaba bellísima, y el aire fresco y puro de los campos exalta la energía de los animales que nos llevan a escape por la sáb ana.

Pronto llegamos a la hacienda de Tequendama, situada al pie del cerro, una posición sumamente pintoresca. Pasamos sin detenernos, entramos en las gargantas y pronto costeamos el Funza, que como el hilo de la virgen griega, nos guía por entre aquel laberinto de rocas, piedras sueltas ciclópeas, desfiladeros y riscos.

El río Funza o Bogotá se forma en la sábana del mismo nombre de las vertientes de las montañas, y toma pronto caudal con infinidad de afluentes que arrojan en él sus aguas. Después de haber atravesado las aldeas de Fontibon y Cipaquirá, tiene, al acercarse a canoas, una anchura de 44 metros. Pero, a medida que se aproxima el Salto se va encajonando y por lo tanto su ancho se reduce hasta 12 y 10 metros.

Desde que abandona la sábana, corre por un violento plano inclinado, estrellándose contra las rocas y guijarros que le salen al paso como para detenerlo y advertirle que a corta distancia está el tímido desp eñadero.

El río parece enfurecerse, aumenta su rapidez, brama, bate las riberas, y de pronto, la inmensa mole se enrosca sobre sí misma y se precipita furiosa en el vacío, cayendo a la profundidad de un llano que se extiende a lo lejos, a 200 metros[5] del cauce primitivo. Tal es la formación del Salto de Tequendama.

[5] Como se verá más adelante, no hay dato exacto a este respecto.

Luego de haber seguido el río por espacio de media hora, gozando de los panoramas más variados y grandiosos que puedan soñarse, nos apartamos de la senda y comenzamos a trepar la montaña. El ru ido de la cascada, que empezábamos ya a oír distinta mente, se fué debilitando poco a poco. No había duda que nos alejábamos del Salto.

Era simplemente una nueva galantería de Umaña, que quería mostrarnos la maravilla, primero, bajo su aspecto pura mente artístico, idealmente bello, para más tarde llevarnos al punto donde ese sent imiento de suave armonía que despierta el cuadro incomparable, cedi era el paso a la profunda impresión de terror, y que invade el alma, la sacude, se fija allí y persiste por largo tiempo: ¡Oh! ¡por largo tiempo!

Han pasado algunos meses desde que mis ojos y mi espíritu contemplaron aquel espectáculo estupendo, y aun, durante la noche, suelo despertarme sobresaltado con la sensación del vértigo, creyéndome despeñado al profundo abismo...

De improviso apareció, en una altura, la poética hacienda de Cincha, desde la que se distingue una vista hermosísima. A la i zquierda, la curiosa altipla nicie llamada la Mesa, que se levanta sobre la tierra caliente. A la derecha, Canoas, con las faldas de sus cerros verdes y lisas, donde se corre el venado, soberbio y abundante allí.

Abajo, San Antonio de Tena, medio perdido entre las sombras de la llanura y las luminosas ondas solares. Todo esto, contemplado por entre la abertura de un bosque y al borde de un pre cipicio, donde el caballo se detiene estremecido, prepara el alma dignamente para las poderosas sensaciones que le esperan.

Empezamos el descenso por sendas imposibles y en medio de la vigorosa vegetación de la tierra fría, pues respiramos una atmósfera de 13 grados centígrados. Pronto dejamos los caballos y continuamos a pie, guiados por entre la maleza, las lianas y los parásitos que obstr uyen el paso, por dos o tres muchachos de la hacienda, que van salta ndo sobre las rocas gregarias y los troncos enormes tendidos en el suelo, con tanta soltura y elegancia como las cabras del Tirol.

Así marchamos un cuarto de hora, conmovidos ya por un ruido profundo, solemne, imponente, que sue na a la distancia. Es un himno grave y monótono, algo como el coro de titanes impotentes al pie de la roca de Prometeo, levantando sus cantos de dolor para consolar el alma del vencido...

-¡Prepara el alma, amigo!

Quedamos extáticos, inmóviles, y la palabra, humilde ante la idea, se refugió en el silencio. Silencio imprescindible, fecundo, po rque a su amparo el espíritu tiende sus alas calladas y vuela., vuela lejos de la tierra, lejos de los mundos, a esas regiones vagas y desc onocidas, que se atraviesan sin conciencia y de las que se retorna sin recuerdo.

¿Cómo pintar el cuadro que teníamos delante?

¿Cómo dar la sensación de aquella grandeza sin igual sobre la tierra? ¡Oh! ¡Cuántas veces he estado a punto de romper estas pálidas y frías páginas, en las que no puedo, en las que no sé traducir este mundo de sentimientos levantados bajo la evocación de ese espect áculo a que los hombres no estamos habituados!

Figuraos un inmenso semicírculo casi completo, cuyos dos lados reposan sobre la cuerda, formada por la línea de la cascada. Nos e ncontrábamos en el vértice opuesto, a mucha distancia, por cons iguiente.

Las paredes graníticas, de una altura de 180 metros, están cortadas a pico y ostentan mil colores diferentes, por la variedad de capas que el ojo descubre a la simple vista. De sus intersticios, a la par que brotan chorros de agua formados por vertientes naturales y por la condensación de la enorme masa de vapores que se desprenden del Salto, arrancan árboles de diversas clases, creciendo sobre el abismo con tranquila serenidad. En la altura, pinos y robles, las plantas todas de la región andina; en el fondo allá en el valle que se descubre entre el vértigo, la lujuriosa vegetación de trópicos, la savia generosa de la tierra caliente, la palmera, la caña, y revoloteando en los aires que miramos desde lo alto, como el águila las nubes, banda de loros y guacamayos que juguetean entre los vapores irisados, salen, desaparecen y dan la nota de las regiones cálidas al que los mira desde las re giones frías. Figúraos que desde la cumbre del Mont -Blanc tendéis la mirada buscando la eterna mar de hielo, como un sudario de las aguas mue rtas, y que veis de pronto surgir un valle tropical, riente, lujurioso, la scivo, frente a aquella naturaleza severa, rígida e imperturbable.

Quitad de allí el Salto si queréis, suprimid el mito, dejad en rep oso el brazo potente, de Nenquetheba: siempre aquellas murallas pr ofundas y rectas, aquel abismo abierto, insaciable en el vértigo que causa, siempre aquella llanura que la mirada contempla y que el esp íritu persiste en creer una ficción, siempre ese espectáculo será uno dé los más bellos creados por Dios sobre la cáscara de la tierra.

Ahora, apartad los ojos de cuanto os rodea: y mirad al frente, con fuerza, con avidez, para grabar esa vi sión y poder evocarla en lo futuro.

La mañana, clara y luminosa, nos ha sido propicia y el sol, elevándose soberano en un cielo sin nubes, derrama sus capas de oro, sobre la región de los que en otro tiempo lo adoraron. Las temibles nieblas del Salto se disipan ante él y las brumas cándidas se tornasolan en infinitos cambiantes de un iris vívido y esplendoroso. Las aguas del Salto caen a lo lejos, desde la altura en que nos encontramos, hasta el valle que se extiende en la profundidad en una ancha cinta de una blancura inmaculada, impalpable. Todo es vapor y espuma nítida, nívea. Hay una armonía celeste en la pureza del color, en la elegancia suprema de los copos que juguetean un instante ante los reflejos dor ados del sol y se disuelven luego en un vapor tenue, transparente, que se eleva en los aires, acoge el iris en su seno y se disipa como un su eño en las alturas. Por fin, de la nube que se forma al chocar las esp umas en el fondo, se ve salir alegre y sonriente, como gozoso de la aventura, el río que empieza a fecundar, a su paso

caprichoso, tierras para él desconocidas, en medio de la templada atmósfera que suaviza la crudeza de sus aguas.

Nada de espanto ni de ese profundo sobrecogimiento que causan los espectáculos de una grave intensidad; nada de bullicio en el alma tampoco, como el que se levanta ante un cuadro de las llanuras lo mbardas.

Una sensación armoniosa, la impresión de la belleza pura. No es posible apartar los ojos de la blanca franja que lleva disueltos los mil colores del prisma; una calma deliciosa; una quieta suavidad que aferra, al punto que lo hace olvidar todo. La óptica, produce aquí un fenómeno puramente musical, la atracción, el olvido de las cosas i nmediatas de la vida, el tenue empuje hacia las fantasías interminables.

El ruido mismo, sordo y sereno, acompaña, con su nota profunda y velada, el himno interior. Es entonces cuando se aman la luz, los ci elos, los campos, los aspectos todos de la Naturaleza. Y por una reacción.

generosa o inconsciente, se piensa en aquellos que viven en la eterna sombra, sin más poesía en él alma que la que allí se condensa en el sueño íntimo, sin esos momentos que serenan, sin esos cuadros que ensanchan la inteligencia, y al pasar fugitivos en su grandeza, ante el espíritu tendido y ávido, le comunican algo de su esencia.

Así permanecimos largo rato sin cambiar más palabras que las necesarias para indicarnos un nue vo aspecto del paisaje, cuando sonó la voz tranquila de Umaña, invitándonos a desprendernos del cuadro, porque el día avanzaba y nos faltaba aún ver el Salto.

- Pero no es posible, amigo, encontrar un punto de mira mas pr opio que éste -le dije con el acento suave del que pide un instante más.

- Usted ha visto un panorama maravilloso; pero le hace falta aún la visita íntima, cara a cara con el torrente, la visita que hicieron Bol ívar, Humboldt, Gros, Zea, Caldas, uno de los Napoleones, y en el r emoto pasado, Gonzalo Giménez de Quesada y los conquistadores, atónitos.

Nos pusimos en marcha, trepando a pie la misma senda que con tanta dificultad habíamos descendido. Una vez montados, recorrimos de nuevo el camino hecho pero en vez de subir a Cincha, bajamos nuevamente por una senda más abrupta aún que la anterior. La veg etación era formidable, como la de todo el suelo que se avecina al Salto, fecundado eternamente por la enorme cantidad de vapores que se desprenden de la cascada, se condensan en el aire y caen en formas de finísima e impalpable lluvia. El ruido era atronador, la nota grave y solemne de que he hablado antes, había desaparecido en las vibraci ones de un alarido salvaje y profundo, el quejido de las aguas atorme ntadas, el chocar violento contra las peñas y el grito de angustia al abandonar el álveo precipitarse en el vacío. Marchábamos con el c orazón agitado, abriéndonos paso por entre los troncos tendidos, verdaderas barreras de un metro de altura nos era forzoso trepar. No habituado aún el oído al rumor colosal, las palabras cambiadas eran perdidas.

De improviso caímos en una pequeña explanada y dimos un gr ito:

las aguas del Salto nos salpicaban el rostro. Estábamos al lado de la caída, en su seno mismo, envueltos en los leves vapores que subían del abismo, frente a frente al río tumultuoso que rugía. La apertura de la cascada, formando la cuerda que uniría los dos extremos de la i nmensa herra dura o semicírculo de que antes hablé, tiene una ex tensión de 20 metros. Las aguas del río se encajonan, en su mayor parte, en un canal de cuatro o cinco metros, practicado en el centro, y por él se precipitan sobre un escalón de todo el ancho de la catarata, a cinco o seis metros más abajo, donde rebotan con una violencia indecible y caen al abismo profundo con un fragor horrible.

Sobre el Salto mismo existe una piedra pulida e inclinada, que uno trepa con facilidad, y dejando todo el cuerpo reposando en su declive, asoma la cabeza por el borde. Así, dominábamos el río, el Salto, gran parte de la proyección de la masa de agua, el hondo valle inferior y de nuevo el Funza, serpeando entre las palmas, en las felices regi ones de la tierra templada.

Aquel que penetra en los inmensos y silenciosos claustros de San Pedro de Roma, en uno de esos tristes días sin luz en los cielos y sin movimiento en la tierra, siente que se infiltra lentamente en su alma un sentimiento nuevo, por lo menos en su intensidad. El de la nada, el de la pequeñez humana, al lado de la idea grandiosa que aquellos m uros colosales, esas cúpulas que parecen contener el espacio, representan sobre el mundo. Puedo hoy, asegurar que no hay templo, no hay obra salida de manos de los hombres, ideada por los cerebros que honran la especie, que pueda compararse a uno de estos espectáculos de la Naturaleza. Para aquellos que viviendo tristemente alejados del beneficio inefable de la fe, nos refugiamos en las horas amargas, en el seno de ese sentimiento vago de religiosidad, que en todos nosotros duerme o sueña, estas sensaciones profundas tomando los caracteres de la oración.

¡Qué estupor inmenso! ¡Que agitación creciente en el fondo del ser moral, mientras el cuerpo se es tremece, tiembla, y asp ira, mudo y angustiado, al separarse de la fascinación del abismo!

Las aguas toman vida: aquel que una vez tan sólo las ha visto v enir rugiendo por el declive violento del río, enroscarse sobre sí mi smas, caer atormentadas y frenéticas al peldaño gigante, y de allí lanzarse al abismo, en medio del estertor que resuena en la montaña y va a herir el oído del viajero que cruza silencioso las cumbres, aquel que ha visto ese cuadro, no lo olvida jamás, aunque vuelva a habitar las llanuras serenas, los campos sonrientes o las vegas llenas de flores.

Las olas se precipitan unas sobre otras, blancas y vaporosas ya; al caer al vacío, la transformación es completa. Una nube tenue, impa lpable, se levanta, el iris la esmalta, brilla un segundo, y de nuevo otra nube de diversa forma, caprichosa, cubriendo como un velo los to rmentos de la caída, la reemplaza para desaparecer a su vez un instante después.

¡Qué triste palidez en mi palabra! ¡Qué desaliento el de aquel que siente y no alcanza a expresar! Veo, el cuadro entero, vivo, palpitante, ahí, delante de mis ojos; retorno con el alma a la sensación del m omento, al terror vago que me invadió, a aquel grito de amenaza y ru ego con que hice retirar a un niño que se inclinaba curioso a mirar el abismo y que quedó absorto contemplándome, sin comprender ni mi angustia ni su peligro; veo el hondo valle allá abajo, llega aún a mis oídos el romper de las aguas contra las rocas de la llanura, escena terrible que sé desenvuelve misteriosa, sin que el ojo humano jamás 1a observe, envuelta en la nube diáfana de los vapores irisados; veo las ciclópeas murallas de granito , severas en su inmovilidad, sus florescencias gigantes cas, el agua que parece brotar de sus entrañas pl e- tóricas de savia en chorros violentos, como la sangre saltando de una ancha herida... ¡y me revuelvo en la impotencia para pintar ese e spectáculo sin igual en esa ínfima porción de lo creado, que nos fué dado conocer!

Cuándo nos dejamos deslizar por la suave pen diente de la piedra y nos reunimos alrededor del almuerzo que estaba ya preparado allí mismo, nos notamos los rostros pálidos y el respirar fatigoso.

Una grave pesadez nos invadía, un deseo imperioso de dejarnos caer al suelo y dormir, dormir largas horas. Es el fenómeno constante después de toda emoción profunda, consejo instintivo de la Naturaleza, que exige la reparación de la enorme cantidad dé fuerza gastada.

El almuerzo fué sereno, casi severo; la alegría había desaparecido en su forma bulliciosa, y algo como una solemnidad inquieta reinaba en los espíritus. Por momentos, alguno de los compañeros bebía una copa de vino, se levantaba en silencio e iba de nuevo atenderse sobre la peña y hundirse en la muda con templación. Así quedé largo rato; las voces humanas que sonaban a mi espalda, apartaban de mí la se nsación de soledad que habría sido terrible en ese momento. Creo que pocos hombres sobre la tierra tendrán una atrofia tan absoluta del si stema nervioso, su dominio tan completo sobre su imaginación y una firmeza tal de cabeza, que les permita pasar impasibles una noche solo al lado del Salto. Por mi parte, declaro con toda sinceridad, que si tal cosa pasara, habría un loco más sobre el mundo a la mañana siguie nte...

- Desde que los conquistadores pisaron la sábana de Bogotá hasta la fecha -decía Roberto Suárez con voz grave - se habrán suicidado en estas inmediaciones no menos de diez mil personas. Entre ese número infinito de causas que hacen la vida imposibl e, ¡cuántas, radicando en la imaginación, la exaltan, la enloquecen! Y sin embargo, hasta hoy no se sabe de un solo hombre, que dando un grito de orgullo satánico se haya arrojado desde esa peña al abismo. ¡Al fin, morir así o partido el cráneo de un bolazo, todo es morir!

Pero cuando se está frente al Salto, viviendo en su atmósfera, contemplando su grandeza soberbia, se comprende que la cantidad de valor necesaria para pegarse un tiro o hundirse un puñal en el cor azón, es un átomo insignificante, al lado de la

resolución soberbia e impasible que animaba a Manfredo en la cumbre del Jung-Frau y que se desva-necía ante la grandiosa serenidad de la muerte bajo esa fo rma.

Sólo en aquel momento pude comprender la verdad profunda del poema de Byron; el cazador que detiene a Manfredo cuando tiene ya un pie en el vacío, es el instinto miserable del cuerpo, es la debilidad ingénita de nuestra naturaleza, que nos a ferra al lodo de la tierra en el instante en que el alma, bajo una im presión alta y vigorosa, quiere mostrar que en vano pretende una patria celeste. . .

No habría a mis ojos héroe mayor en el tiempo, en el espacio, que aquel que, sereno y consciente, de pie en el borde del abismo, mirara un instante, sin vértigo el vacío extendido á sus pies, y luego...

-¿Cuál de ustedes renovaría la hazaña de Bolívar, mis amigos? - dijo una voz.

El Libertador, en una de sus visitas al Salto, encontrándose con numerosa comitiva, precisamente frente a frente del punto en que nos hallábamos, del lado opuesto del torrente, oyó que uno de los circunstantes decía: "¿Dónde iría, general, si vinieran los españoles?" -¡Aquí!

- dijo Bolívar -, y antes de que pudieran detenerlo, ni a un lanzar un grito, dio un salto y quedó de pie, a pico sobre el abismo, sobre una piedra de dos metros cuadrados, por cuyo costado pasaba, vertiginoso y fascinante, el caudal de agua que, medio segundo después, vacío.

La piedra se encuentra aun en su mismo sitio; dar un salto hasta ella, desde la orillo opuesta, no requiere, por cierto, un esfuerzo e xtraordinario; cualquier hombre que trace sobre una llanura una senda de un pie de ancho, caminaría por ella sin dificultad; pero colocad una tabla de idéntica dimensión a cien metros de altura, y os ruego que ensayéis...

Después de una leve discusión, quedamos sinceramente de acue rdo en que, para llevar a cabo ese rasgo, se requiere una organización especial, una ausencia de nervios o un dominio sobre la materia, de que ninguno de los humildes presentes estábamos dotados[6].

Nos consolamos pensando en que los Bolívar son raros, y en que, si ninguno de nosotros lo era, no había motivos plausibles para imp onernos la responsabilidad de esa omisión.

La cuestión de la altura del Salto, no está aun definitivamente r esuelta, tal es la dificultad, que hay en medir la distancia que separa el valle inferior del punto en que

[6] "En 1826, el general Bolívar, entusiasmado con tan magnífica escena, no pudo contenerse y saltó a una piedra, de dos metros cuadrados, que forma como un diente en la horrorosa boca del abismo. A la misma piedra salté yo en una de mis excursiones; pero con esta diferencia: que el Libertador llevaba botas con el tacón herrado, y yo tuve la precaución de descalzarme previ amente; y yo estaba en la fuerza de mis 18 años, y esto excusa, en parte, mi temeridad. Un paso en falso, un resbalón, habrían bastado para que no est uviese contando el cuento. Veces hay en que se me erizan los cabellos al pe nsar en aquella barbaridad. - *Juan Francisco Ortiz.*"

las aguas abandonan el lecho del río, y tal también la autoridad de los hombres de ciencia que han dado cada uno una cifra arbitraria.

La primera dimensión que encuentro consignada, es la del buen obispo Piedrahita, que después de narrar la leyenda del Bochica, que ya he transcripto según Humboldt, agrega con aquel acento de sinceridad que hace inimitable a nuestro Banco de Cente nera, el M.

Pru`homme de la conquista:

"...El salto de Tequendama, tan celebrado por una de las marav illas del mundo, que lo hace el río Funza, cayendo de la canal que se forma entre dos peñascos de más de media legua de alto, hasta lo profundo de otras peñas que lo reciben con tan violento curso, que el ru ido del golpe se oye a siete leguas de distancia"[7].

¡Cuánta razón tenía Voltaire para criticar en el Eldorado las f unestas exageraciones de los viajeros de América, que abultaban desde las cascadas hasta los yacimientos de oro, produciendo aquellas d ecepciones que se traducían en crueldades de todo género sobre el pobre indio! No hay tal media legua de altu ra, lo que no permitiría la formación del río inferior por la evaporación completa de las aguas.

No hay tal ruido que se perciba desde siete leguas, porque en ese caso, la proximidad inmediata del Salto haría es tallar todo tímpano hum ano.

Humboldt, que es necesario citar siempre que uno lo encuentre en su camino, dice que el río se precipita a 175 metros de profundidad, agregando, al terminar su descripción:

"Acaban de dejarse campos labrados y abundantes en trigo y c ebada; míranse por todos lados aralia, alstonia theoformis, begonia y chinchona cordifolía, y también encinas y álamos y multitud de pla ntas que recuerdan por su parte la vegetación europea, y de repente se descubre, desde un sitio elevado, a los pies puede decirse, un hermoso país donde crecen la palmera, el plátano y la caña de azúcar. Y como el abismo en que se arroja el río Bogotá, comunica con las llanuras de la tierra caliente, alguna palmera se adelanta hasta la cascada misma; circunstancia que permite decir a los habitantes de Santa Fe que la cascada de Tequendama es tan alta, que el agua salta de la tierra fría a la caliente. Compréndese fácilmente que una diferencia de altura de 175 metros, no es suficiente para influir de una manera sensible en, la temperatura del aire".

He ahí precisamente lo que no comprendo, ni aun fácilmente, con la aserción del ilustre viajero. El mismo hace constar la presencia de palmeras, plátanos y caña de azúcar en el valle inferior, y afirma que una que otra palmera avanza hasta el pie del abismo. ¿No son, acaso, esas plantas esencialmente características de la tierra caliente? ¿No necesitan, para crecer, como los loros guacamayos que revolotean a su alrededor, para vivir, de una temperatura superior a 25 grados cent í- grados?

[7] Piedrahita, *Hist. gral. de la Conq. Del nuevo Reino de Granada*, lib. II, cap. I, pág. 13. Ed. de 1881.

Indudablemente que 175 metros de diferencia de altura, no bastan para determinar esta variación de clima; pero encontrándose el hecho brutal, indiscutible y patente, no hay más recurso que creer en algún error por parte del señor barón en la operación que le dió por resultado la cifra indicada. Pido perdón por esta audacia, tratándose de una opinión del más grande de los naturalistas, pero el sentido c omún tiene sus exigencias y es necesario satisfacerlas.

El ingeniero don Domingo Esquiaqui, citado por el señor Ortíz, midió la catarata con la sondalesa y el barómetro, y halló que su alt ura, desde el nivel del río, hasta las piedras que sirven de recipiente a sus aguas, es de 264 varas castellanas o 792 pies. Tenemos ya una opinión científica que aumenta en un tercio la cifra de Humboldt.

El señor Esguerra [8] da la cifra de 139 metros de altura perpend icular.

El señor Pérez (Felipe) [9] da 146. Ninguno de ellos cita su autor idad.

Se asegura que, descendiendo de la sábana y buscando por San Antonio de Tena la entrada al valle por donde corre el Funza después de su derrumbamiento, es posible llegar al pie de la cascada y conte mplarla como ciertos pedazos del Niágara o de Pissenvache, en Suiza, detrás de la enorme cortina de agua. Formamos el proyecto de hacer esa excursión penosa, pero mucha gente conocedora de la localidad nos hizo desistir de la idea, persuadiéndonos de que aquella enorme masa de vapores desprendidos del choque, hacía la tierra tan sum amente permeable y pan tanosa que corríamos riesgo de hundirnos, o en todo caso de no llegar al punto deseado.

Entre las tradiciones del Salto se cuenta aquel rasgo de marav illosa sangre fría del doctor Cuervo, que, atado al extremo de un cable, se hizo descender al abismo por medio de un torno, diz que depositó una botella con un documento a unos setenta metros más abajo del nivel de la catarata, y luego de gozar largo rato del espectáculo soberano de las aguas en medio de su caída, volvió a subir, llegando a la altura sano y salvo. Cuando a orillas del mismo Salto, me narraron la hazaña, cerré los ojos bajo un secreto terror, y sentí algo como antipatía por dicho señor Cuervo, a quien no reconozco el hecho de humillar de esa manera a sus semejantes.

Llegó el momento de regreso y emprendimos la vuelta con ca nsancio extremo. Las sensaciones intensas que nos habían dominado por algunas horas, el profundo asombro que aun estremecía el alma por instantes, nos dieron una laxitud tal, que al llegar a la hacienda de Tequendama, nos desmontamos, y encontrando en un corredor alg unas pieles, nos tendimos sobre ellas, quedándonos casi instantáne amente dormidos.

---

[8] Diccionario Geográfico de Colombia.

[9] Geografía Física y Política de Cundinamarca.

Un tanto reposados nos pusimos en camino, entrando a Bogotá al caer la tarde. Durante muchos días tuve fijo en el espíritu el cuadro soberano que acababa de contemplar, tan bello, como creo no me será dado ver otro sobre la tierra.